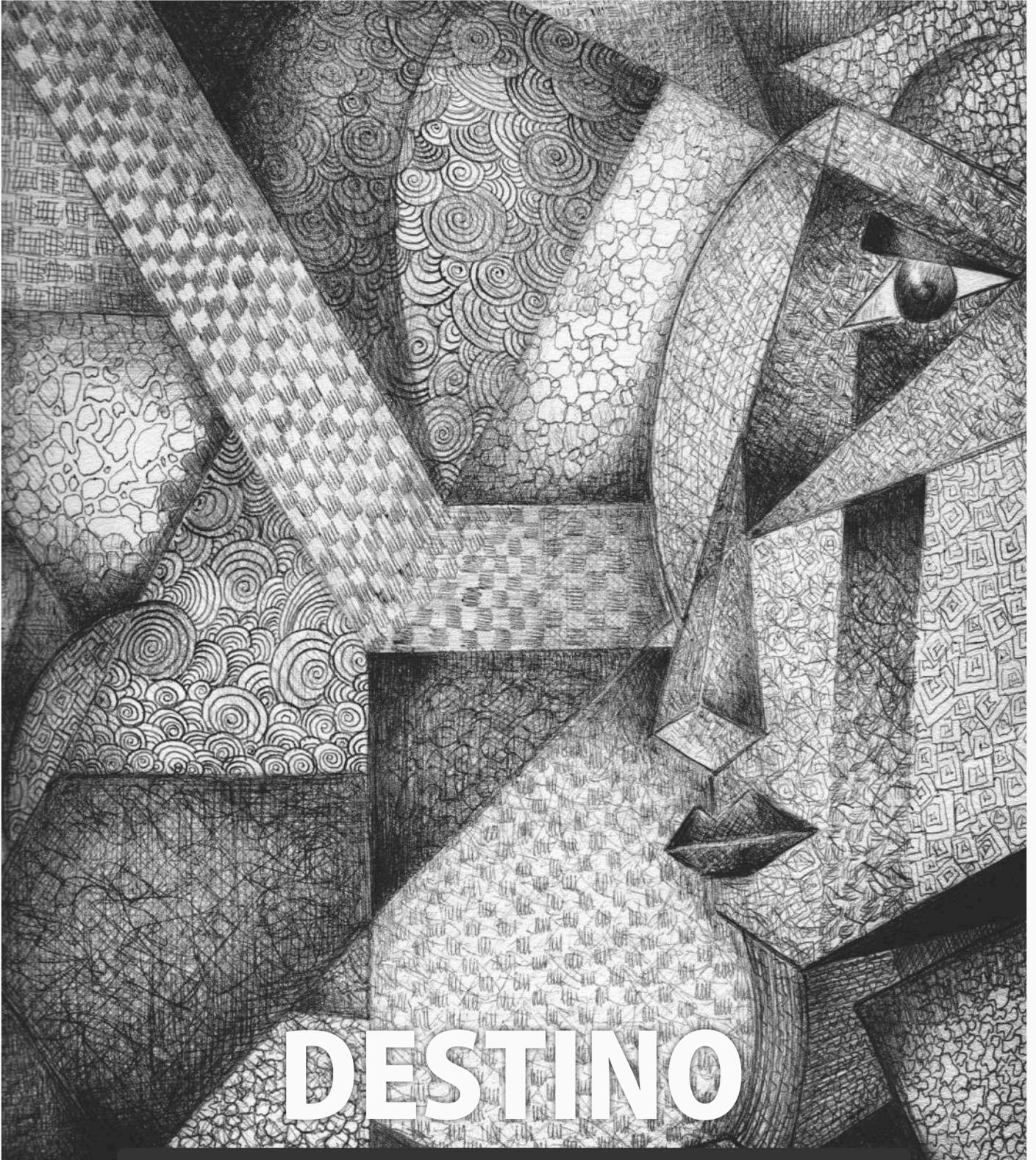


NÚMERO 29

Crepúsculo



DESTINO

Publicación que pretende promover el conocimiento, prevenir la pereza intelectual y fomentar la lectura



COMO NUBE - Laura Mastracchio

Staff

Director

Ricardo René Cadenas

Coordinador

Martín Sancia

Colaboradores

Paula Carrella

Guadalupe Ramírez Oliberos

Editor

Matías Di Loreto

Diseño Gráfico

DT PRINT S.A.

Propietario y Editor

Fundación Tres Pinos

Moreno 1836 6to. B

Tel.: 011-4372-2154

Impreso por DT Print S.A.

0237-4664818

Bvar. Alcorta 183

Paso del Rey

Buenos Aires

FEBRERO 2017

Registro de Propiedad Intelectual

Expediente N° 5138548

La publicación de opiniones personales vertidas por colaboradores y entrevistados no implica que éstas sean necesariamente compartidas por Revista Crepúsculo

www.fundaciontrespinos.org

info@fundaciontrespinos.org



Sumario

05

Por Martín Sancia

EDITORIAL

06

Por Héctor Gonzalo y Ana Dobratnich

POR ESAS CASUALIDADES DE LA VIDA

14

Por Tmoran

BUROCRACIA O DESTINO

15

Por Adriana Tuffo

LOS LÁPICES DE COLORES

17

Por Leticia Garriga

JUNTOS POR SIEMPRE

18

Por Alejandro Michelena

LA RUEDA DEL DESTINO

20

Por Mariana Travacio

TRAYECTORIAS

23

Por Cecilia Pagani

LA TRAZA

25

Por Emilia Vidal

DESENCUENTRO

26

Por Román Ksybala

LA ADVERTENCIA

28

Por Mariana Isadora Rodríguez

QUÉ CULPA TIENE EL DESTINO

32

Por Iván Carrasco Montesinos

¿CASUALIDAD O CAUSALIDAD?

34

Por Carlos David

TRES HISTORIAS POSIBLES

38

Por Juan Ignacio

EL CASINO DEL DESTINO

39

Por Marta Cuerpo

ESTO NO SE LLAMA DE NINGUNA MANERA

40

Por Norma Haydée Pérez / Silvana A. Nosach / Susana A. Orden

DESTINO / DOS MUNDOS / EL ESCRIBA

41

Por Graciela Beatriz González

HA PASADO MUCHO TIEMPO

44

Por Norma Morell

HISTORIAS DE CAFÉ

46

Por Jéscica Galeano Jarcousky

SOBRE EL DESTINO DOLOROSO Y ACUÁTICO

47

Por Juan Pablo Goñi Capurro

NOSOTROS, LOS CADÁVERES

48

Por Graciela Buccì

LANZADA

49

Por Eugenio Polisky

ADIOS Y DESPEDIDAS



Cuando era chico, y aún no sabía leer, la idea de que el destino de cada persona ya estaba escrito de antemano era - y no exagero - mi mayor fuente de terror. Cada día tropezaba con reflexiones que, lejos de calmarme, alimentaban esa idea. ¿Cómo podía ser que mi futuro estuviera atrapado en un texto? ¿Cómo podía ser que no pudiera escaparme de esa cárcel de palabras?

En mi barrio, que era un barrio de obreros, solo un hombre usaba traje. Era un vecino que vivía a la vuelta de mi casa, el Sr. Vignes. Serio, bordeando los sesenta, Vignes nunca se mostraba de entrecasa. Nunca se mostraba desprevenido. Una vez vi que recibía una correspondencia y utilizaba, para firmar la recepción, una lapicera de pluma dorada, bellísima. Jamás había visto una lapicera así, tan importante.

Recuerdo que me acerqué a él y le pregunté:

- ¿Esa lapicera es para escribir el destino?

Vignes, que era tímido y parco, quién sabe qué entendió, pero me dijo:

- Sí.

Y entonces me dije: el destino lo escribe Vignes, con su lapicera dorada. Su lapicera importante.

Se lo dije a mi abuela, pero ella se rio.

- No, hijo, ¿cómo Vignes va escribir nuestro destino? Solo Dios puede escribirlo.

Le repliqué:

- Yo le pregunté y él me dijo que sí.

- Te hizo un chiste, hijo.

Pero yo no le creí. Vignes no era de hacer chistes. Era la persona más seria que yo conocía. Y si me había asegurado que él escribía el destino con su lapicera, yo le creía.

Pensé: si le robo la lapicera, cuando sepa escribir voy a poder escribir el destino yo. Imaginaba, entonces, un destino divertidísimo para mí, lleno de juguetes, de fiestas, de muñecos de Stars Wars, de piletas Pelopincho, de luchas (me encantaba Titanes en el ring).

Tenía que conseguir la lapicera.

Así que, cuando mi tío Tomás nos vino a visitar, decidí hablarle. Tomás tenía un amigo que había estado preso unos meses por ladrón. Yo no sabía qué había robado. Pero era la persona que yo necesitaba.

- ¿Cómo le voy a pedir eso a mi amigo? -me dijo mi tío. - Él no es ladrón. Además, ¿para qué querés una lapicera si no sabés escribir?

- Para cuando sepa. -Esa lapicera es la que escribe el Destino. La tiene el Sr. Vignes y quiero tenerla yo.

Tomás se rió y, como vino una amiga de mi mamá que a él le gustaba, dejó de darme bolilla, y yo no volví a tocarle el tema.

Poco tiempo después, el Sr. Vignes murió.

- Estaba muy enfermo - dijo el panadero, que fue quien nos dio la noticia a mi mamá y a mí.

¿Y ahora?, pensé yo. Vignes no tenía familia, nadie lo visitaba nunca. Era un solitario acérrimo. ¿Quién va a escribir el destino si no lo hacía él?

Cuando salimos de la panadería se lo pregunté a mi mamá, y ella decidió mentirme:

- Nadie lo va a escribir. Vignes pidió que lo enterraran con la lapicera, así que ahora el Destino no lo escribe nadie.

- ¿En serio?

- Sí.

- ¿Y vos cómo sabés?

- Porque hace un tiempo le pregunté a Vignes qué iba a pasar con su lapicera cuando él no estuviera, y me contestó eso. Que se la llevaba a la tumba.

Me puse contento. Si bien ahora ya nunca podría robar la lapicera dorada para escribir el Destino como yo lo quisiera, la idea de que nadie lo estuviera escribiendo me daba alivio. Era una buena noticia.

Y a partir de entonces, empecé a temerle al Cuco, al Hombre de la Bolsa, al Lobizón, y a miles de otros monstruos horribles y malditos pero mucho menos feroces e implacables que un Destino escrito de antemano.

Martín Sancia

POR ESAS CAUSALIDADES DE LA VIDA

Crepúsculo

por Héctor Gonzalo y Ana Dobratinich

“Me apoderaré del destino agarrándolo por el cuello. No me dominará”.

-Ludwig van Beethoven-



Sobre el pueblo | Marc Chagall

Siempre pensé que el ser humano estaba solo en dos momentos de su vida, en el de su muerte y frente a cualquier elección que hiciera. Si hacemos un alto, esta manera de pensar posee más la forma de una creencia que una frase fundamentada. Sometido a un breve análisis, posiblemente no vuelva formularse de la misma manera.

Dejando el extenso e inabarcable tópico de la muerte, nos ocuparemos de la segunda parte que reza “el individuo está solo frente a cualquier elección que haga”. Es importante puntualizar que al hacer referen-

cia en la frase a “solo” lo estamos entendiendo, en este primer momento, en el sentido de que el hombre es libre para decidir sin ninguna determinación o motivación.

Empezaremos por examinar lo que consideramos eje temático y elemento esclarecedor, a saber, la relación de los acontecimientos y cómo estos se concatenan. El modo como sea tratado este tema va a influir y aclarar la respuesta sobre el individuo y su acto de elegir.

En la sociedad podemos observar un cúmulo de relaciones aparentemente ordenadas y rutinarias produciendo un enmarañado juego comparable a láseres de diferentes tipos, colores y tamaños proyectados dentro de un laberinto de espejos. En él los haces de luces se entrecruzan cambiando de grosor y combinando una multiplicidad de colores, volviendo al lugar de donde partieron pero desde otra dirección y con otra intensidad, encontrándose en direcciones opuestas y generando un interminable vaivén de idas y venidas. Estos sucesos se darán de forma muy rápida y de manera repetida aún cuando lo hagan de los modos más diversos. Al comprobar que de modo constante todos los láseres al chocar salen dirigidos por obra de los espejos, con diferentes trayectorias, vamos a hablar de causalidad como un modo para describir esta regularidad. Y se observa con ello que al hablar de causas no estamos hablando de un concepto a priori ni atemporal sino de un elemento de origen humano que se forma para poder dar una explicación a los sucesos que se nos presentan y con ello tener un cierta predecibilidad y manejo de nuestro entorno.

Los espejos, los láseres y los entrecruzamientos son la metáfora que representa a la sociedad en la cual se da una multiplicidad de hechos. La sucesión de estos va a poder ser concebida o bien como una cuestión lineal en donde le vamos asignar a cada uno de ellos una única causa, como el caso de la instalación de una plaza en un barrio a causa de que no hay árboles en la zona; o bien podemos entender que responde a más de una causa, las cuales irán desde el "entorno familiar" del acontecimiento hasta una circunferencia de dilatadas magnitudes que se nos hará difícil abarcar y manejar.

La sociedad es un conjunto de relaciones que son efectos y a su vez causas de otros efectos que están en constante interrelaciones, aparentemente algunas con mayor intensidad o más inmediatas que otras según el lugar que ocupen dentro de tal o cual acontecimiento. Este proceso se hace casi de modo automático y responde a la rutina y la costumbre, a una concentración ciega, irreflexiva y tranquilizadora en

donde ante tal estímulo decimos automáticamente tal o cual solución, v. gr., si decimos robo concluimos falta de educación o para el dolor de cabeza contestamos medicinalmente ácido acetilsalicílico.

Hablamos de una red enorme cuyas relaciones se estimulan entre ellas, entonces al decir que un hecho se da por tal causa estamos haciendo un corte o marcando un límite arbitrario porque en realidad se dan un sinfín de causas para la producción ese hecho. V.gr., al pensar en un homicidio decimos que el acusado, soltero, graduado universitario, mayor de edad y de nombre R. Causa mató a la viuda y desempleada L. Efecto y entonces le aplicamos las normas, el acusado a la cárcel y será justicia. Sin embargo si observamos y hacemos un análisis detenido de los sucesos vemos que R. solo empuñó el arma que su padre le enseñó a usar, la cual le había regalado su abuelo cuya tenencia le fue dada por el Estado al obsequiársela como un presente inimitable de fabricación israelí según una técnica hermética aprendida de los kazajos quienes plagieron su fabricación de los secretos de las divinidades adoradas por antiguos habitantes de Anatolia.

Por otro lado, al arma solamente empuñada por R. Causa, aunque ahora ya no sabría decir con seguridad si es él quien la está empuñando, deja ver un gatillo que oscila hacia adelante y activa la conexión mecánica que hace que un percutor golpee el cebador y provocando que la bala que ese encuentra en la recamara comience el proceso de disparo recorriendo todo el cañón, cuyos surcos en espiral de sus paredes capturan los gases en expansión y ayudan a mantener la bala sobre un camino recto hacia L. Efecto y produce su muerte. Allí tampoco nos quedamos, puede que finalice la tarea del armero pero comienza la del perito en balística, la del psicólogo y luego la del médico que tendrá otro embrollo en explicar las miríadas de causas que llevan a considerar fallecida a L. Efecto cuando la bala ingresó a su cuerpo, aunque lo más seguro es que se concluya que fue a causa de un paro cardio-respiratorio. Son muchas las causas que harían pensar que es imposible encontrar una única relación con el hecho de su muerte.



Multitud | Istvan Desi Hubert

¿Logramos determinar cómo se produce en realidad lo que dimos en llamar homicidio?. Así podríamos llegar a dejar en libertad a R. Causa o sancionar las divinidades de Anatolia, al Estado, al abuelo, a nadie o se podría llegar a poner tras las rejas a toda la sociedad por su incidencia de un modo u otro o la víctima misma porque ese día su novio le dijo que vaya a visitarlo a la tres de la tarde y ella salió cinco minutos más tarde porque se demoró con el encargado del edificio que le comentaba de los nuevos impuestos municipales, así sucesivamente hasta encontrarse en el momento exacto con R., lo demás es historia sabida. La pregunta es: ¿quién mató a L.?

Nos veríamos agotados ante la inmensidad de acontecimientos que pueden tener injerencia en el hecho y angustiados de no poder poner un límite y establecer “la causa” del homicidio. Lo mismo nos plantearíamos ante un suicidio, y se nos presentaría la incertidumbre de saber si el hecho fue ocasionado por el mismo sujeto o por todos los habitantes de su pueblo con sus prejuicios, obligaciones y exitismos.

No podemos considerar que haya una sola causa. Los procesos no pueden pensarse como una secuencia constante, lineal y única de causa-efecto porque si observamos detenidamente en un acontecimiento intervienen montones de causas productoras interrelacionadas. Claro que podríamos estar toda la vida intentando establecerlas y aun así no nos alcanzaría el tiempo por ser omnicomprensivas de la totalidad a la cual nos remitimos. Es la incapacidad del ser humano de enfrentarse a la eternidad, en otras palabras es muy difícil estar tirado en suelo del sótano de Daneri viendo la esfera de Escher y de ese modo intentar abarcar hasta los más mínimos intersticios del gran entramado social. Imagino a los tribunales intentando resolver conflictos desde siglos y siglos pasados y si es que algún astuto no ha inventado suspicazmente la institución de la prescripción, los expedientes tendrían los mismos problemas y títulos que el cuento cortaziano “No se culpe a nadie”.

La solución se resuelve de un modo más simple y de hecho así es como lo hacemos. Decidimos establecer determinadas causas para determinados efectos, con ello marcamos los límites sobre cuál va a ser nuestro universo a analizar y donde haremos el corte hasta donde está permitido llegar. Ello nos permite lo que anteriormente llamaba tranquilidad, es decir, establecemos y damos por ciertas determinadas causas, lo hacemos desde la rutina y desde la costumbre aunque muchas veces estas nos jueguen una mala pasada como en la búsqueda de cosas perdidas entorpecidas por hábitos rutinarios dándonos dolores de cabezas para encontrarlas.

Lo que realmente ocurre es una sucesión de acontecimientos interrelacionados influyendo constantemente entre sí y de ello construimos el concepto de "causa". A un acontecimiento le sigue otro y de esa experiencia constante que percibimos, le vamos a dar la característica de causa-efecto necesaria y única, una cadena de sucesos reiterados que se mantienen así hasta el presente v.gr. estamos seguros que el sol saldrá por el este y se ocultará por el oeste. Vemos por lo tanto que el conjunto causa-efecto se basa en la experiencia, estamos haciendo referencia a hechos pasados. Nuestra seguridad está dada por acontecimientos que sucedieron en un tiempo anterior. Es imposible predecir el futuro, tenemos convicciones de que los sucesos se darán en el futuro del mismo modo pero no podemos asegurarlo aún cuando pretendamos justificarlo del modo más razonable posible. Por ejemplo, cuando votamos elegimos desde lo que percibimos y rogamos que no nos toque "el gobernante que el pueblo se merece" sino uno que cumpla con su papel correctamente. Diremos que un suceso será causa de otro cuando se dé antes en un espacio-tiempo de modo constante. Ello lleva a generalizar de modo inductivo que en el futuro ocurrirá lo mismo dándonos esa serenidad ilusoria. Nuestro límite lo marca la experiencia por ello es que no podemos ir más allá de ésta, dejando de lado principios a priori o metafísicos.

No podemos conocer el futuro y establecer causas

necesarias y únicas de modo apriorístico. Tampoco podemos controlar los efectos y dominar todos los acontecimientos ya que al entrar a ese terreno estamos en el plano de las creencias. Si conociéramos todas las causas que ocasionan un acontecimiento predeciríamos con una exactitud con la que soñaron los iluminados de la modernidad como Nicolas de Condorcet y sus construcciones geométricas o Pierre Jean George Cabanis y su medicina hacia la felicidad. Pero ello no es así, existen en cambio variables ocultas de acción, en contra de aquella idea de causalidad lineal que es nuclear en el surgimiento del pensamiento ilustrado.

Si la relación causa-efecto fuese universal y fundada nos llevaría a considerar que todos los acontecimientos se darán siempre del mismo modo despreciándonos y rechazando toda visión apocalíptica, sin embargo observamos que no se cumple de este modo. Veamos un ejemplo. En nuestro ordenamiento jurídico tenemos la Carta Magna como única ley fundamental y de la cual se desprenden armoniosa y coherentemente un conjunto de códigos los cuales a su vez darán nacimiento a otras leyes y así sucesivamente. Ahora bien, llegado el momento de volcar las leyes en la sentencia, notamos que los jueces de iguales competencias aplican el sistema normativo de las más variadas formas dando lugar a diferentes sentencias. Por ello surgirá la necesidad de solicitar a órganos superiores unificar los criterios. Los magistrados reconstruyen las jerarquías de modos diferentes y ello incide en sus conclusiones. Se da la situación de leyes iguales arribando a soluciones diferentes. Vemos por lo tanto, que cada uno ha hecho el corte que considera necesario para la resolución del caso concreto para dar explicación frente a la vaguedad de la norma ante el caso concreto.

Somos nosotros quienes le daremos orden, leyes y armonía al caos de causas que intervienen. La necesidad por controlar y explicar los acontecimientos a través de teorías de asociaciones con un intento de entender el futuro. Pondremos las normas y las rejas para encuadrar en pocas causas el homicidio de L. Efecto.



La tarjeta jugadores | Fernand Leger

Nos vemos superados por la imposibilidad de controlar todos los acontecimientos y al ver que continúan sucediendo de modo repetido en el tiempo podemos considerarnos unos individuos con mucha "suerte". Es esta última la que nos dará esa paz al ver que el sol sale todos los días por el mismo lado porque en caso que un día deje de ser así estaremos ante la furia de alguna divinidad, un hecho anómalo que no coincide con la ley causal o un derrotero de los acontecimientos que estaría escrito en papeles invisibles, a veces llamado destino. Siempre desconfié de esos conceptos que clausuran todo tipo de pregunta posterior y lo dejan a uno con una ignorancia mayor o con cierta duda de saber si ello es así.

Analizando lo expuesto hasta ahora y adoptando una postura determinista, consideramos que todo acontecimiento es producto de causas en que no pueden sostenerse sucesos azarosos ya que todo es explicable si conocemos la secuencia de causas intervinientes en el hecho. Pero como ello es para algunos, muy trabajoso y para otros, imposible, se argumenta que ciertos fenómenos son productos incausados por un "algo desconocido" y el trato que le dan es muy superficial y con pocas ganas de complicarse la vida. Pensemos por un momento en la señora que se levanta temprano y antes de desayunar empieza a leer el diario desde atrás porque busca rápidamente el horóscopo. Ella considera que siempre "le acierta" con las cosas que dice, hasta con los números que le propone cada día. Pero en realidad ello no quiere decir que las máximas proféticas formuladas de modo general de los signos zodiacales tengan razón y nos digan cómo somos y que nos va a deparar el día.

Es decir, las predicciones no son las que aciertan sino que somos nosotros quienes les damos significado y valor a lo que el horóscopo establece. Adecuamos nuestra forma de ser y nuestros sucesos del día a lo escrito y acto seguido invertimos la relación dándole el poder al horóscopo de predecir el futuro o determinar nuestras acciones. La causa de nuestro actuar pasa ser el horóscopo y no nuestro actuar quien le da sentido al horóscopo.

Con ello vemos dos cosas. Por un lado, la dificultad de predecir el futuro, nunca he leído un horóscopo que diga "hoy ganará la lotería", todo lo contrario siempre exponen máximas optimistas y obvias que la gente quiere escuchar asegurando así su éxito. Por otro lado la invención de artilugios con pretensiones de llenar el vacío que genera no saber explicar los hechos. Consideramos pues, que la palabra que verdaderamente de fondo está oculta es la ignorancia, el eterno miedo a decir "no sé" o la angustia que genera no poder abarcar la totalidad introduciéndonos a veces sin darnos cuenta, en el terreno de lo metafísico. Allí encontramos entre otras cosas, a los milagros como acontecimientos que se dan y de los cuales no se puede dar una explicación racional de cómo es que sucedieron. Como el caso de un estudiante que confía en la suerte para que le vaya bien en un examen nos daría a pensar que le irá bien en la medida que haya estudiado y no se quede conforme con su actitud azarosa. Lo mismo podríamos pensar de la ayuda que vamos a darles a los once jugadores que juegan en Japón la copa mundial si tenemos puesta la camiseta de cábala o del fortuito descubrimiento del hongo *penicillium chrysogenum*.

Al hablar de cuestiones casuales estamos haciendo una causalidad eterna y apriorística. En ella estamos destinados por caprichos divinos mientras los seres humanos solo son partícipes de dichos acontecimientos pero cuyas causas no le pertenecen, ello es tarea divina, en mi opinión es más una tarea por entender la complejidad de causas generando grandes enigmas. Ante estos deseamos buscar una explicación rápida que consideramos superior a nosotros y es de esperar que se formulen frases como "gracias a dios" o "el diablo anduvo metiendo la cola". Este fideísmo nos va a liberar de muchas cargas explicativas y va a permitir que fuerzas sobre-humanas dominen nuestro accionar.

Cae en ello el sabido problema y su consecuente discusión que se generó en torno a la auxiliis. Donde entraba en conflicto la omnipotencia de Dios y todo lo que ello implica y la llamada "libertad" del hombre. Si

damos lugar al poder infinito de Dios este conocería todos los acontecimientos del hombre sumado a que tendría el poder de influir y determinar en ellos pero por otro lado, el hombre se sentiría esclavo o encerrado en un determinismo del cual no puede salir y no es libre. Se pensaría en una pecera donde lo que hace es "nada" así como exento de toda responsabilidad.

Se podría pensar que hablamos de un determinismo de carácter divino en el que los acontecimientos ya están establecidos y escritos en las páginas de Dios. Pero lo que en realidad hay es un determinismo humano, es decir, que sale desde el hombre y el hombre es quien establece y forma los límites. Es que ante dicho determinismo la encrucijada se abre en dos caminos, por un lado aceptar el destino al que estamos programados y soportar el hecho de que lo que hagamos ya está establecido y de que nuestra libertad es un concepto ilusorio o por otro lado pensar, postura en la que me enrolo, que el hombre posee libertad para realizar los hechos sin modelos sobre-naturales. Es libre de actuar de un modo u otro pero ello siempre que considere que lo hace desde su libre elección y no dando la posibilidad de que dicha elección también haya sido prevista extra-terrenalmente.

Podemos concluir felizmente que el sujeto es libre y sus elecciones están fuera de todo elemento que lo determine y entonces nuestro primer problema planteado de que el individuo está solo frente a cualquier elección que haga se cumple correctamente. Sin embargo ello no parece ser así y me surge la duda de analizar ¿de qué hablamos cuando decimos libertad?, que según parece es la capacidad de auto-determinarse sin ninguna intervención externa. Pero si volvemos a líneas anteriores advertimos que todo acontecimiento incluso el de elegir cae en el determinismo. Todas nuestras elecciones por más autenticidad y pureza que queramos darles, de lo que en realidad están imbuidas es de esa multiplicidad de causas sean estas químicas, físicas, biológicas, históricas, entre otras.

El que haya elegido esta programa de fin de semana, responde a muchos otros acontecimientos, que vaya por este camino o por este otro, en el hecho que quiera ir a la plaza y no al cine se descubren montones de causas que seguramente desconocemos; y entonces la libertad empieza a convertirse en un concepto pulverizado si se lo concibe como un a priori y absoluto, anterior al hombre y libre de toda atadura. Hacer una elección es un proceso en el cual su juzgan y ponen en balanza montones de opciones de las cuales seleccionamos unas pocas. Este proceso no nos lleva mucho tiempo porque acertamos nuestros límites, no nos hemos sentado a decidir un largo tiempo de los efectos que podrían sucederse si elijo té o café. Y es que desde nuestra costumbre, en nuestras experiencias hacemos actos inductivos que se confirman constantemente ante la repetición. Allí estamos firmes, es mejor continuar con estos hechos para que nuestra teoría siga incólume y no nos veamos en el aprieto de ver caer todo lo sostenido hasta ahora. Nuestro futuro es incierto pero hacemos de cuenta que no, por lo que muchas veces rechazaremos causas que no nos den como resultado lo esperado por nosotros. Difícil es pensar una libertad independiente, la pregunta sería ¿independiente de qué?. Porque siempre está dependiendo de causas, concebida la libertad como eterna se convierte en una ilusión. El concepto parte desde los seres humanos quienes lo construyen y lo forman. Por ello es importante el papel que cumple el lenguaje y la carga emotiva con la que se carga a las palabras oscurece su significado como en el caso de "libertad".

Ello nos lleva a replantear el significado con el que cargábamos en un principio del texto a la palabra "solo", cuando hablaba del acto electivo del ser humano sin determinismos o motivaciones. Si se observa detenidamente, el acto de elegir está fuertemente influido por causas que hacen que elijamos una u otra cosa y ello no nos genera rebeldía ni un constante inconformismo porque lo hacemos de un modo imperceptible, rutinario y hasta de modo impensado casi a propósito porque imaginarse obligado por causas que se desconocen, invisibles sería un conflicto perpetuo frente a una voluntad humana que se cree omnipotente y avasallante. En definitiva, lo hacemos desde el lugar de seguridad construido por nosotros.

La elección del individuo se ubica en el medio de un laberinto donde su imagen es devuelta por montones de espejos y atravesada por otra gran cantidad de láseres. ¿Quién sabe que "láseres" lo han llevado a usted lector para que se encuentre ahora leyendo estas líneas con las que concuerda o critica?. ¿Quién sabe si ya en realidad conocemos de antemano como el croupier ha tallado las cartas o simplemente nos sentamos a jugar dejándonos sorprender o jugar a hacernos los sorprendidos?. Borges y su lotería babilónica se han encargado de explicar todas estas líneas con su exquisita exactitud.

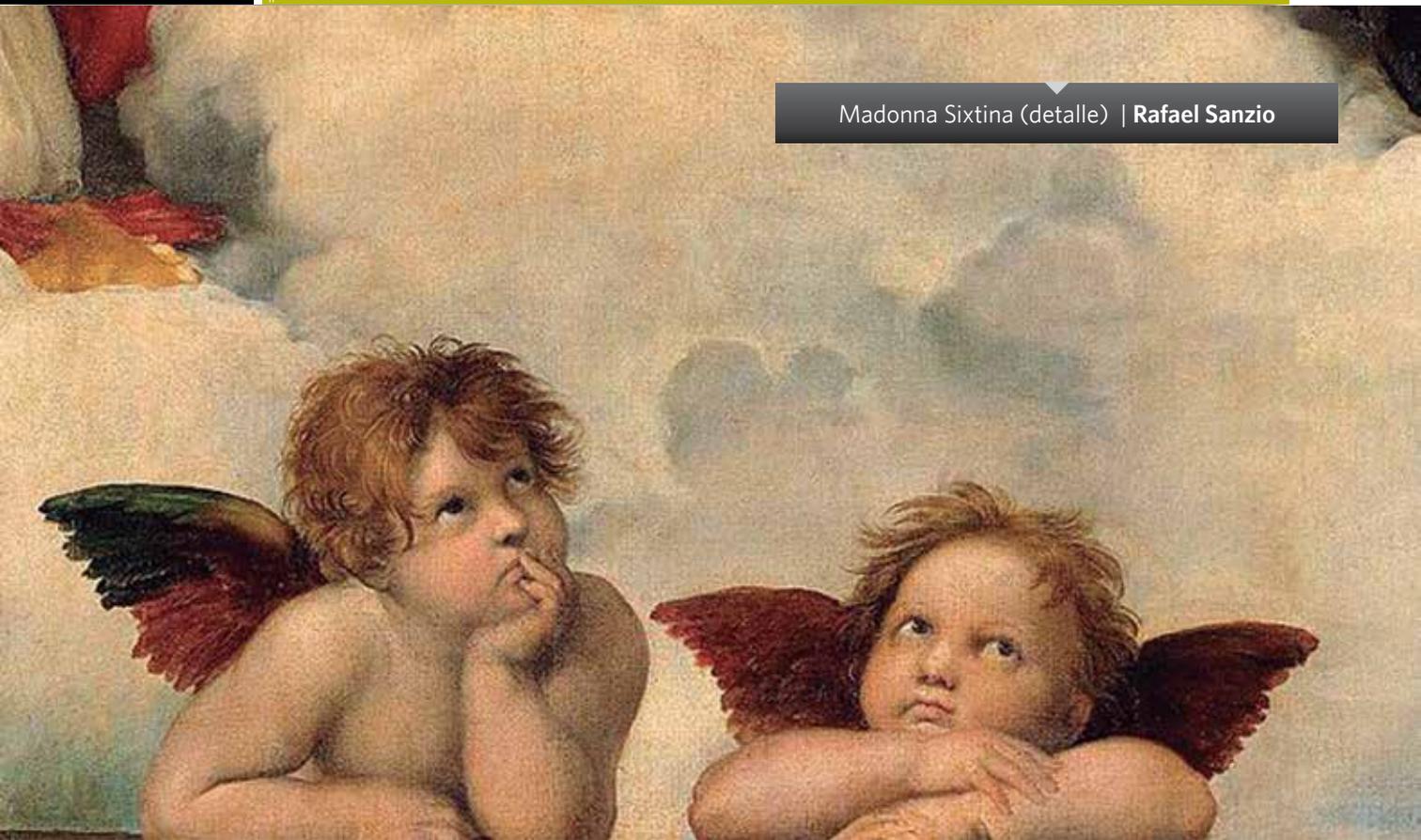


BUROCRACIA O DESTINO

Crepúsculo

Por Tmoran

Madonna Sixtina (detalle) | Rafael Sanzio



Juanito sale corriendo de la panadería para buscar una pelota que se ha metido bajo un camión cargado con ladrillos.

Pocha, recién operada de la cadera ha salido a caminar por primera vez sin su bastón andador, y en su intención de querer detener al niño camina directamente hacia una baldosa floja.

Tato, consciente de la abuela en peligro, decide intervenir pero lo distrae un entre chocar de cañas huecas de un llamador de ángeles, la acción parece detenerse una fracción de segundo. Instante en el que se escucha un batir de alas.

La imagen congelada muestra a la madre del niño fuera de la panadería gritando desesperada al ver a su hijo debajo del camión; a Pocha, apoyando su pie en la baldosa floja distraída por el

grito y a Tato frenando su andar al ver trastabillar a la pensionada.

La acción retoma su velocidad normal.

Tato no logra ayudar a la pensionada y su retraso no hace más que hacer coincidir tiempo y lugar, con el de la maceta que caerá sobre él partiéndole la cabeza.

El camión aplasta al niño; Pocha cae y se fractura nuevamente la cadera falleciendo tres días después debido a una septicemia.

Respetuoso de jerarquías y estatutos vigentes el Serafín Inspector no puede intervenir. Mientras termina de tomar su taza de té redacta el informe. Deberá iniciar un sumario administrativo por mal desempeño al ángel de la guarda.

LOS LÁPICES DE COLORES

Crepúsculo

Por Adriana Tuffo

- Patrón, lo que mande, decía la Tata. Entonces, como siempre, se me mojaban las piernas, me pasó desde chica y el Patrón venía a la casa a visitar a mis dos hermanas mayores, a mí me vio después, cuando él llegaba me hacía encima, me hablaba la Tata y le decía que sí, que no lo iba a hacer más, pero no podía, él se bajaba del auto, saludaba, le daba algo a la Tata, lo veía ahí en el patio de la casa y, al mismo tiempo que sonreía, sus ojos me recorrían, empezaba a sentir que se me mojaban las piernas, primero caía despacio un chorrito caliente, me dolía, me daba vergüenza, es por el miedo, me decía tengo que hacer fuerza, no respirar porque si respiro y me muevo se va a mojar el piso, la Tata me repetía siempre "cochina mirá lo que hacés andá a lavarte que al Patrón no le gusta que estés sucia". Corría a lavarme, me echaba agua de la canilla del baño, saltaban las lágrimas por las palabras de la Tata, por la vergüenza, por la mirada del Patrón, antes, cuando tenía seis o siete, no entendía bien por qué las caricias y las sonrisas del patrón terminaban en sacudones y ruidos de chancho que me lastimaban, y en esa época me empezó a pasar lo de los orines. La Tata no quiso mandarme más a la escuela, "para qué si no hacés más que mearte encima estúpida de mierda qué vamos a hacer con vos si no fuera por el Patrón ya te hubiera dejado en el hogarcito es el destino éstas inútiles no sirven para nada".

Desde aquel día estoy siempre en la casa, no soy como las otras chicas que juegan en el patio de la escuela, que es lo que más me gustaría hacer, juego con los perros o le tiro maíz a las gallinas, barro la galería todas las mañanas, junto los huevos cuando avisan que han puesto, corto las verduras y, en el verano, me la paso en el monte comiendo frutas, ayudo cuando carnean,

pero no me gusta tanto andar con la sangre de los animales y las tripas y todo eso que está lleno de grasa y de mierda; me gusta más andar por la chacra, seguir el rastro que dejan las hormigas para desarmar los hormigueros con agua, los inundo hasta que se derrumban y salen desesperadas, son más vivas que yo, porque corren cuando ven el peligro.

Pero lo que más me gusta es el día domingo, cuando vienen las vecinas a visitarnos y la Rubi, que es tan buena, me enseña a leer un librito que trae junto con papeles en blanco arrancados de sus cuadernos viejos, dice que le viene el apuro por empezar uno nuevo y entonces deja algunas hojas sin escribir, pero a mí se me hace que las deja para traérmelas y trae lápices también, me presta tres o cuatro, el negro es para escribir mi nombre y apellido, Esperanza Aguirre, así me puso mi mamá que se murió cuando yo llegué a este mundo, no sé por qué no habrá podido quedarse un poquito más conmigo.

Esperanza, inútil, estúpida, meona me dicen. Esperanza, sí Patrón, lo que usted mande, me acostumbró a decir la Tata para que no se enojara. La Rubi me presta el lápiz rojo y el verde, me los va a regalar cuando pase Navidad y a ella le regalen una caja nueva para colorear, entonces voy a tener lápices yo también, más gastados, pero igual pintan o dibujan, que es lo que más me gusta, porque yo tengo uno solo, que se le cayó al Patrón del bolsillo cuando se puso la camisa, aquel día que yo ya no lloré, que hice mucha fuerza para no pegarle y sacármelo de encima como me dijo la Rubi, porque si le hacía caso a ella, capaz que en serio la Tata se enojaba y me dejaba en el hogarcito de las monjas y no salgo de ahí hasta los dieciocho y no puedo ver más a mis hermanas ni a la Rubi. Yo tomé el lápiz, pero



nada más; él dio vuelta la cabeza rápido para ver qué agarraba, por si le robaba algo y me dijo “quédate para qué querés eso vos que sos un animalito” y me lo quedó. Yo de lo demás no sé nada.

Entonces cuando voy a cuidar las ovejas y descanso en el sauce llorón, mi sauce, saco los papeletos que me dio la Rubi o que la Tata tira, antes de que vayan a parar a la basura, y dibujo las nubes, sobre todo las que tienen formas raras, dibujo vacas y cabras y chanchitos y palomas y gorriones y calandrias, lástima que no pueda pintar mis animalitos de mentira, para mí tienen vida, aunque sean defectuosos. Eso sí, los sonidos del campo los tengo en la cabeza y silbo bonito, las calandrias me contestan, con ellas me entretengo todas las mañanas, cuando vienen al árbol a darle de comer a sus pichones; ellas cantan, yo les respondo, me debe salir bien, porque me siguen un rato largo. Al Patrón lo carnearon como a un chanchito, yo lo encontré, pero no sé quién lo hizo, lo habían despanzurrado en el galpón, lo vi cuando fui a buscar maíz para la bataraza y sus pollitos. Yo no sé nada, señor, le juro.

Cuándo llegará la Navidad, no veo la hora de que sea el 25 de diciembre y la Rubi me regale los lápices, porque ella los va a sacar de la caja de las cosas viejas para traérmelos, eso sí, son más chiquitos, están gastados pero llenos de color. No los va a tirar, me dijo, porque yo los estoy esperando. Ahora, claro, no sé si va a venir hasta acá, si la madre la dejará venir a este lugar, si me llevaran al hogarcito, a lo mejor sí la veo y me da los colores. Al final, creo que estaría mejor con las monjas que en esta celda mugrienta, es tan chico el lugar, aunque hay unas calandrias que ya me descubrieron por el silbido, las miro por la ventanita, hay un nido en el árbol que se recuesta sobre la pared, los pájaros revolotean, y yo les silbo y me contestan, eso, señor, no está prohibido, no. Hace tres días que estoy encerrada y nadie me saca de acá, yo quiero irme. Será como dice la Tata a cada uno le toca la vida que le toca, si al menos me dieran un lápiz y un pedacito de papel.

JUNTOS POR SIEMPRE

Crepúsculo

Por Leticia Garriga



En el bosque | Paul Cézanne

La cierva quieta entre la umbría en el bosque, con la nariz húmeda, a la espera del sigilo de los pasos sobre la hierba...

Inmóvil, otea la muerte en el suave aliento del aire que lo envuelve todo. El cazador, arma en mano, encuentra el rastro de ramas quebradas y hojas casi marchitas, huellas de la presencia de la vida.

Entre la penumbra del alba, dirige su mano y certero, da en el blanco a la diana en movimiento...

La cabeza de una bella cierva disecada con la nariz y los ojos vidriosos... como húmedos, adorna la pared de piedra de su cabaña. Hace pareja con un macho de cornamenta excepcional.

¡Al fin! el destino los une... juntos por siempre.

LA RUEDA DEL DESTINO

Crepúsculo

Por Alejandro Michelena

Estaba sentado en la misma sala, triste pero acogedora, de siempre. El tiempo parecía no transcurrir, ni siquiera moverse, para el refugio de objetos fantasmas que era el viejo apartamento de Avenida de Mayo. Empezó a mirar distraídamente las alfombras, las lámparas art nouveau, los sillones floreados y mullidos, los tapices, las cortinas pesadas, la mesita y sus porcelanas. Falta aquí solamente la vitrola –pensó– mientras sonreía para nadie.

Un sonido lejano, muy lejano, lo hizo ponerse en guardia. Creyó por un instante estar sufriendo alucinaciones. Pero no. Era real que desde el fondo del oscuro corredor alguien avanzaba, con lentitud felina, tarareando bajito un meloso bolero.

La mujer –con la cara blanca en polvos anticuados, y la boca de un rojo subido y dibujada con minucia en forma de corazón– lo saludó fríamente y le ofreció té con masitas. Pese al tiempo que había pasado ella no pareció sorprenderse por la visita. Tal vez porque ambos habían vivido esperando ese momento; lo fueron delineando por años y años, y se trataba sólo del estreno de una obra mil veces ensayada. Todos los gestos, hasta el más mínimo, estaban pensados para provocar determinadas reacciones o para contestar los ataques sutiles.

La conversación fue derivando poco a poco desde las cosas intrascendentes a los recuerdos del pasado. Los dos, si bien de modo bien distinto, volvieron a vislumbrar detrás de las palabras la alegría de aquellos días. Cuando vivía tía Fortunata y allí mismo la oían silbar tangos melancólicos. Cuando los paseaba sin prisa por la plaza del Congreso. O cuando tío Olegario los llevaba al Tortoni, y ellos tomaban un refresco mientras lo veían jugar concentrado al ajedrez, o leer *Crítica* con mucha atención mientras sorbía el café y fumaba un habano.

Los fines de semana eran siempre una fiesta, con la visita a San Isidro y a la casa de la abuela; aquella quinta poblada de frutales, estatuas, humedades y misterios. Y las horas pasadas en ese mismo apartamento del piso dieciocho –ambos eran huérfanos– jugando al ludo o a las damas.

Pero las cosas comenzaron a cambiar el día que entró en escena el Nene. El apodo le había quedado, aunque ya se afeitaba y fumaba a escondidas. Enseguida deslumbró a la prima segunda con sus pantalones largos estilo Oxford de estreno reciente, su palabra y su porte, su peinada a la gomina rigurosa. Comenzaron a pasar la mayor parte del tiempo juntos, despreocupándose de ese otro niño que quedaba desplazado, solo por los rincones. Él odió al Nene desde el primer momento. Y juró vengarse.

Comenzó a planear su revancha la tarde en que los descubrió besándose. Luego de llorar un largo rato se puso a pensar qué hacer. Al fin se decidió a actuar; su objetivo fue darles una lección y mantenerlos alejados. Se le ocurrió que no le vendría mal al Nene un mes de hospital; no había peligro en empujarlo por cierta ventana pues iba a caer en la terraza del piso inferior. Todo estaba calculado al detalle, la seguridad parecía total, y por eso no pudo creer –luego de ocurrida la desgracia irremediable– que se había equivocado de ventana. Pero el hecho era que, dieciocho pisos más abajo, una multitud comenzaba a rodear el cuerpo destrozado del Nene al borde de la acera, mientras los tranvías frenaban de golpe con un chirriar de hierros...

Lo demás fueron gritos histéricos y llantos interminables. Lo enclaustraron en el campo, en el casco de estancia más alejado y agreste de la familia. Dos años después lo vio un psiquiatra y ordenó su internación.

Y después del vértigo de años encerrado no lograba acostumbrarse a la relativa libertad. Estaba perdido, y no se adaptaba a la mayor velocidad de los automóviles, a la estridencia, a las luces que eran mucho más potentes que las de su lejanísima pubertad.

Un día no resistió la tentación de entrar al viejo edificio, tomar el que había sido veloz y lujoso ascensor (ahora destartado y lento), y golpear la puerta de negra madera que estaba igual, aunque de pronto más tenebrosa e irreal. Ya no era posible retroceder cuando le abrió la anciana mucama uniformada.

Sentado con la taza de té en la mano respiró hondo. Comprendió que aunque hubiera tardado mil años todo lo que lo rodeaba iba a esperarlo. Que encontraría a la misma prima que dejó de ver apenas quinceañera, vieja y gastada pero con la mirada todavía adolescente, seca sin haber madurado. Estaba vestida a la moda de los cuarenta, con prendas que seguramente eran de aquel momento y que había conservado en alcanfor. Su peluca algo ladeada la hacía parecerse a una Bette Davis que hubiera muerto hacía mucho para emerger de la tumba esa tarde.

—Ven a apreciar la linda puesta de sol -le musitó, con voz maquinal y chirriante.

Se acercaron a la ventana, y ella comenzó a señalarle nuevos edificios de los últimos cuarenta años. El ronroneo de esa voz insidiosa fue como adormeciéndolo, haciéndole entrar en una especie de sopor que logró distraerlo, que impidió su capacidad de reacción cuando -bruscamente- las temblequeantes manos huesudas lo empujaron con fuerza no humana.

Causó pánico, dieciocho pisos más abajo, la caída de ese hombre decrepito, en plena hora pico del atardecer. Frenadas de los colectivos y taxis, gritos, la llegada de la ambulancia con su sirena ululante, miradas hacia arriba cargadas de interrogantes y desconcierto, curiosidad morbosa en muchos que se empujaban para mirar.

La cabeza era una masa informe. Lo demás era sangre y huesos rotos.



La ventana a la ciudad | Robert Delaunay

ALEJANDRO MICHELENA

Uruguayo, reside en Montevideo, la capital del país.

Poeta, con dos libros publicados: *Formas y Fórmulas* (Libros de Granaldea) y *Rituales* (Editorial Siesta, Estocolmo). Por su labor poética ha recibido premios y menciones en diversos concursos, y sus textos se han difundido en antologías, revistas y periódicos de su país y el exterior, así como en páginas virtuales como *Las afinidades electivas* o *Letras Uruguay*.

Como narrador dio a conocer tres novelas: *Apartamento 108* (Ed. Antares), *El vuelo de la oca* (Ed. Signos), y la más reciente *Un misterio llamado Baldomero* (Editorial Arca, 2013). Ha dado a conocer numerosos cuentos en revistas literarias y otras publicaciones culturales, así como en antologías del género.

Es además ensayista y cronista, con más de una decena de libros referidos a la temática de las identidades urbanas rioplatenses, siendo los más recientes: *Viejo Café Tortoni* (Corregidor, Buenos Aires, 2008) y *Crónicas de los cafés montevideanos* (Arca, Montevideo, 2009), *Famosos con fundamento* (Arca, Montevideo, 2010).

Ha trabajado como periodista cultural, y actualmente mantiene una columna sobre temas culturales en el programa *El Tunguele*, de Radio Uruguay, Sodre.

Desde el año 2004 es colaborador de *La Jornada Semanal*, el suplemento cultural del diario *La Jornada de México*. Lo ha sido también de *Cuadernos Hispanoamericanos* de Madrid. Colabora con la revista cultural *Dossier de Montevideo*.

TRAYECTORIAS

Crepúsculo

Por Mariana Travacio

“Trayectorias” integra el libro de cuentos “Cotidiano” de próxima publicación por Baltasara Editora.

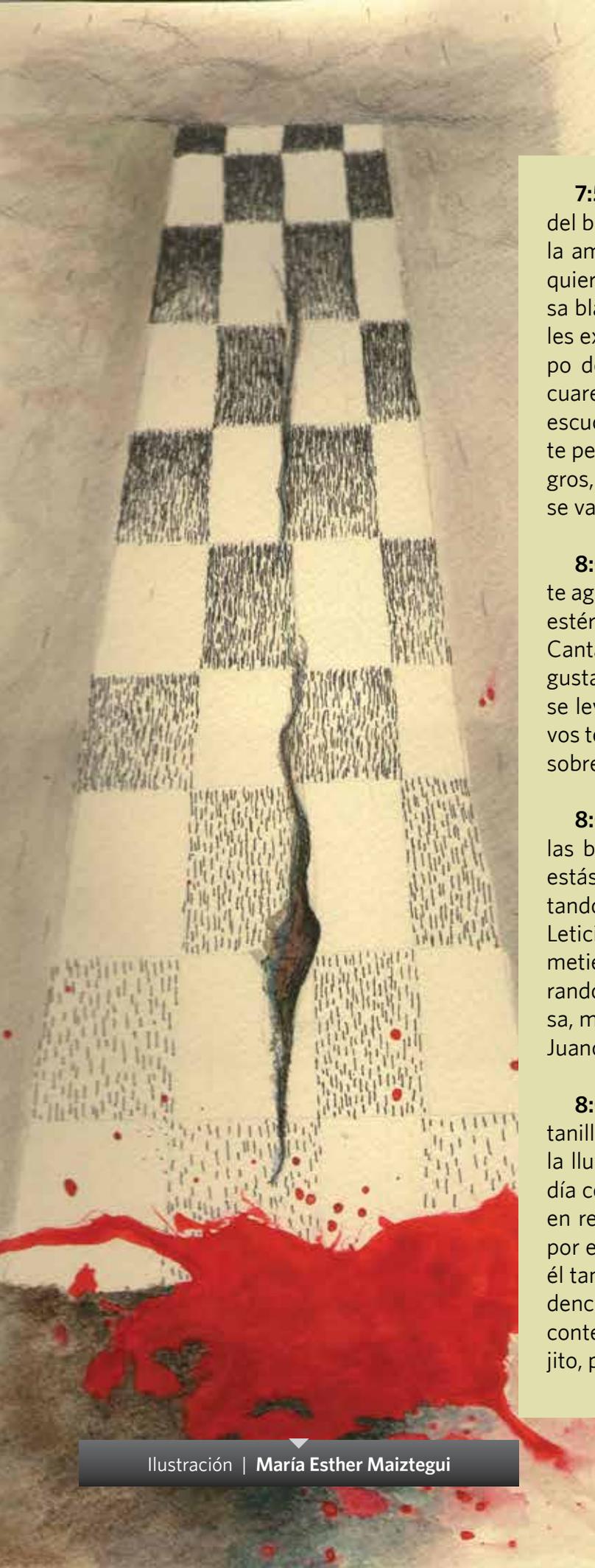
7:30hs: Sorbés, despacio, el café, mientras tu mujer te pregunta a qué hora volvés, y escuchás, de costado, que tu hijo se queja porque no quiere ir al jardín. Contestás, a medio despertarte, que volvés a las siete, si Ortiz no se demora, y te parás para darle un beso a tu hijo, en la frente, mientras mirás el reloj y baluceás que ya es la hora. Te despedís de tu esposa, te llamo más tarde, amor, mientras ella le da un beso a Felipe, y un abrazo, y le dice que la pase lindo, hoy, en el jardín.

7:30hs: Te empujan, desde atrás, recibís dos codazos, estirás el mentón, te hacen bajar, a borbotones, del tren. Salís, en manada, pa-sitos cortos, al andén. Recobrás el equilibrio y te apurás, las doce cuadras, hasta la obra. Hoy tienen que terminar, sin falta, el piso 11. Son veinte cajas, de baldosas grandes, y te prometés que hoy, aunque se tengan que quedar, terminan con eso.

7:42hs: Lo sentás, a Felipe, en la sillita del auto, y le querés abrochar el cinturón, mientras escuchás que él se queja, un poco, no mucho, en esa coreografía que ya se tienen aprendida de memoria. Entonces le prometés que a la noche le traés un caramelo, y él te deja, con esa media sonrisa, que le abroches el cinturón. Subís al auto y arrancás, apurado, camino al jardín.

7:42hs: Entrás a la obra, te saluda el gordo Ramírez y te gasta un rato: te pregunta, con sorna, si anoche Leticia te trató bien. No le contestás. Seguí de largo, camino al piso 11, mientras escuchás, a tus espaldas, la risa del gordo Ramírez que se amortigua, en tus oídos, a medida que te alejás. Subís, apurado, a tomar ese mate, que siempre tomás, antes de empezar.

7:55hs: Te acordás de la reunión de hoy, con Ortiz, y repasás, de memoria, los argumentos que garabateaste la noche anterior, porque querés, a toda costa, que te firme ese crédito; se te ocurre pensar que a lo mejor te sale bien, y eso te arranca una sonrisa, que te despierta del letargo, y te permite frenar, justo a tiempo, antes de que te tragues ese pozo, sobre el asfalto.



7:55hs: Te toca trabajar con Juancho, al lado del balcón. Te muestran las cajas, de baldosas, y la amoladora. Te dicen que empiecen por la izquierda, haciendo, prolijo, el damero. Una baldosa blanca, una negra. Las baldosas son grandes, les explica el capataz, pero ya no tenemos tiempo de cambiarlas. Las vamos a cortar. Son de cuarenta por cuarenta, las queremos de treinta, escuchás las instrucciones, distraído, mientras te perdés en la boca de Leticia, y en sus ojos negros, y en sus piernas de anoche, jurándote que se va con vos.

8:01hs: Te agarra la barrera de Pampa, como te agarra siempre, mientras subís el volumen del estéreo, porque a Felipe le gusta esa canción. Cantan juntos, el estribillo, porque a Felipe le gusta que lo cantes con él. Después la barrera se levanta, y un auto te cierra el paso, mientras vos te guardás la puteada, y la garúa sigue, finita, sobre el asfalto.

8:01hs: Te ponés contra el ventanal, a cortar las baldosas, como te pidió Juancho, y en eso estás, midiendo, agarrando la amoladora, cortando, mientras te volvéis a perder en la voz de Leticia, susurrándote que lo deja al Tano, y prometiéndote que se va con vos, tantos años esperando, y ahora se te da, y se te escapa una sonrisa, mientras cortás la baldosa, y se la entregás a Juancho, para que empiece a pegar.

8:06hs: Bordeás el bosque y ves, por la ventanilla, tanta gente que sale a correr, a pesar de la lluvia. Te preguntás qué los mueve a salir, un día como hoy, a mojarse, y se te ocurre que vos, en realidad, nunca lo harías. Lo mirás a tu hijo, por el espejito retrovisor, y te das cuenta de que él también los mira. Te da curiosidad esa coincidencia y le preguntás: Feli, ¿qué mirás? Tu hijo te contesta: Esas palomas. Las buscás, por el espejito, pero ya no están.

8:06hs: Juancho te apura, y vos te das cuenta de que estás en cámara lenta, distrayéndote con Leticia, justo hoy, que necesitan terminar ese piso. Le prometés, a Juancho, que vas a trabajar más rápido. Te duele la espalda, todo agachado como estás, y decidís trabajar erguido. Vas a buscar un tablón, y dos caballetes, y le pedís a Juancho que te ayude. Te instalás, en el balcón, a cortar las baldosas, en vertical.

8:10hs: Estás a una cuadra, pero la fila de autos no se mueve, no te deja avanzar. Llegarán tarde, como siempre, y te preguntás cuándo terminará esa obra, con esos camiones que se paran, todas las mañanas, justo en esa cuadra, la que vos necesitás libre para que tu hijo no llegue tarde a la escuela.

8:10hs: Te ponés contento, trabajás más fácil así, apoyando las baldosas en el tablón, y la amoladora en la baranda, vas más rápido, y no te importa la garúa, aunque te mojes un poco, porque te duele menos la espalda, y porque, de cualquier forma, estás contento hoy: sentís el placer de haberle ganado la mina al Tano; se la ganaste, aunque nadie te crea, y ahora Leticia es tuya.

8:12hs: El Peugeot que tenés adelante acelera. Te deja, de golpe, treinta metros libres, y vos acelerás, también, por miedo a que un camión salga de la obra, y otra vez te cierre el paso, y te retrase más. Ponés primera, avanzás lo que podés, todo junto, y escuchás un estruendo, como una bomba, atrás. Frenás, asustado, y te das vuelta, queriendo entender qué pasó. Ves la luneta estallada, mil pedazos que brillan, a contraluz, con la garúa persistente, que ahora se mezcla, de a poco, con toda esa sangre, que se derrama, incontenible, sobre el tapizado.

8:12hs: Ves el cable de la amoladora mojado, y te parece mejor meterte adentro. Le pedís ayuda a Juancho, a los gritos, desde el balcón, pero Juancho no te escucha. Te asomás, para adentro, y te das cuenta de que no está. Entonces levantás el tablón, vos solo, te lo cargás al hombro, y cuando girás para entrar, la punta del tablón le pega a la amoladora, que empieza a caer, desde el piso 11, camino a la calle. Largás el tablón, alcanzás a ver el cable, bailando en el aire, lo manejas, pero está mojado, y se te resbala. Te asomás, a la calle, y ves esa mancha, que cae, como un barrilete invertido, en dirección a ese auto que avanza, y aunque quieras evitarlo ves, también, cómo la amoladora entra, de lleno, en esa luneta trasera.

LA TRAZA

Crepúsculo

Por Cecilia Pagani

¡Quién hubiera dicho! ¡Venir a encontrármelo aquí, en el subsuelo, soterrado en el Archivo de Tribunales! Y creyendo que no me habría reconocido le hablo, él levanta la vista, me responde con un hola impávido, como si no hubieran mediado estos quince años; intercambiamos unas palabras, le explico que acabo de volver a la ciudad, que me alegra encontrarlo, que después de las elecciones me designaron como administrativa en la Cuarta. Lo sé, me responde, áspero, seco.

Fuimos compañeros desde tercero, Marianito, sí, el de nombre de prócer, Mariano Moreno, el mismo, el que tuvo la historia esa con la chica rubia llegada desde Pergamino. Sí, esa, ¿te acordás? Ojitos claros, naricita parada, caderita bamboleante, cautivó a todos pero incendió a Mariano, le sudaban las manos cada vez que la veía y sentía cólicos y se afiebraba y la lengua se le enredaba. Y a ella, y contra toda nuestra incredulidad, le sucedía lo mismo. Se llamaba Virginia...

¿Y Doña Imelda?

Siempre cerca, controlando al hijo porque lo quería lejos de las malas compañías y de las peores influencias, con aires de generala, se nos aparecía por los pasillos, categórica, montada sobre unos tacos finos y estoicos.

¡Imposible imaginarla alguna vez joven, despeinada, revuelta en el amor!

El marido le había durado poco, cuentan que una noche de infierno le habría dicho que iba por una cerveza fría, sin embargo, no regresaría jamás y cuando ella pudo advertirlo, el tipo llevaba en vuelo libre una ventaja de varias horas, nunca sabría nada de él, nunca jamás y así con el orgullo herido de muerte, resolvió sepultarlo en vida y elaborar un duelo decoroso, eso sí, sin lágrimas; poco después descubriría el embarazo y así Mariano habría de ser todo lo que le quedaría de aquel marido fugitivo y se aferró a él con uñas y

dientes; luego, en su cabeza él viviría la vida que con esmero ella proyecta: ya lo ve como abogado, en un matrimonio acomodado, en un bufete, en su cero kilómetro, en su casa de dos plantas... ¡Qué satisfacción!

¡Cuánta reparación!

Había puesto en marcha su plan, ahuyentando lo que presumía pudiera apartarlo de su destino de iluminado y, así, Mariano transitaría sin grandes sobresaltos hasta que apareció la chica nueva. Doña Imelda enloqueció y la confirmación del enamoramiento le acarreó un ataque de nervios tal, que cayó tres días a la cama.

¿Cómo llegó a enterarse?

Por boca del propio director y no era mujer dispuesta a tirar por la borda tantos años de sacrificio. No. No iba a permitir de ninguna manera que una chirusita resucitada vaya a saber de dónde, viniera a perturbar al chico, una mocosita, que qué se cree de ponerlo en su contra, no le van a quedar ganas de hacerse la mujer fatal, ni de andar trastornando a nadie con su carita de yo no fui.

Ay, cuando le fueron con el cuento de la fuga! Allí se nos descolgó con una de las suyas y armó un escándalo que no te digo y ella misma organiza la búsqueda y termina encontrándolos en la sala de música y ahí nomás se mete y lo saca al Mariano a los empujones con uno que otro cachetazo y reboleándole la cartera por la cabeza delante de todos, qué era eso de andar haciéndose el novio y desobedecerla. Y el pobre cruza mudo y rojo, a punto de reventar de la vergüenza, por delante de esa fila larga que nosotros habíamos...

¿Virginia?

Ella estaba escondida detrás del piano, sale por otra puerta, a los tropezones, la cabeza gacha, los ojos pegoteados al piso, el llanto apretado.



¡Y a Doña Imelda, había que verla!

Enorme y temible. Triunfante. Con esa sonrisa tan propia, con esa certeza peligrosa de aquellos que creen tener la razón de su lado...

En un mes, terminamos quinto y Virginia regresó a Pergamino y no volvimos a saber nada de ella.

Él partió con su mamá a Córdoba y poco supe yo entonces porque me casé y perdí contacto, pero mi hermano Pepe cuenta que mientras estudiaba él no salía, no le aceptaba invitaciones a nadie. No, no, intervenía su mamá, Marianito no debía distraerse, estaba sólo dedicado al estudio. Al finalizar los exámenes sus notas eran trofeos exhibidos por ella misma, Civil con nueve, Penal con diez, Administrativo con ocho...

¡Quién lo hubiera imaginado!

Aún hoy me resuena el agónico tono de su voz cuando hace un par de años, me la encuentro y responde a mi saludo con un *no se me recibió nunca, Marianito no me quiso dar la última...*

DESENCUENTRO

Crepúsculo

Por Emilia Vidal

Ellos no tienen nombre en mi memoria, que es la memoria de ellos y el tiempo, que es y puede ser. Creerán que sé muchas cosas pero no es cierto, sólo algunas –simples, generosas, manifiestas –se animan a asomar.

Por ejemplo, una casa se revela en cierta calle del recuerdo. En el frente de esta casa se alza una cerca de hierro cuyos lazos trazan curvas y bifurcaciones, algunos recrean ofidios que nacen de ojos y forman flores, otros culminan en manos que sostienen estrellas. Estas figuras nacen unas dentro de otras y su grosor se adelgaza o aumenta según el tramo. Para llegar al pórtico se debe atravesar un pasaje estrecho de guijarros apisonados y, si se observa desde afuera, unas densas matas de rosas parecen darle rubor a la fachada de piedra.

De pie, a unos metros de la verja, ella observa el frente y sus matices. Inspira todo el aire que puede y entra. Deja tras de sí el rechinar del hierro y sus criaturas, camina lentamente a través del rosal y una vez en la entrada, se decide con dos golpes cortos sobre el cedro. Espera y silencio. No, no debe seguir aquí. ¿En qué estaba pensando? Han pasado años ya, seguro se mudó.

En el living de esta casa un hombre toma el té y lee. Amparado en la comodidad del sofá, corre y salta con sus personajes; lo persiguen y padece, hasta que oye dos golpes en la puerta. Qué extraño, hace tiempo que no recibo visitas. Aquí las horas flotan y los segundos cuentan lunas. Apoya la taza en la mesita ratona, marca la página del libro y se dirige a la puerta de entrada. El pasillo parece seguir el ánimo del tiempo y se estira a cada paso.

Afuera ella explora las vetas en la piedra, sigue los trazos claros y los reflejos tornasolados de la mica. La puerta no se abre, tampoco surgen ruidos del interior. Cambia el peso del cuerpo, lo lleva de izquierda a derecha. Entonces llama su atención el gorjeo de unos tórtolos grises que se acurrucan entre sí, sobre el alero. Dichosos ellos que pueden. Desvía la vista al parque, especula. Alguien debe cuidar del rosal. Si no es él, alguien me dirá de su vida. Pero a sus huesos no les basta el vaivén para aliviarse el peso, entonces se apoya en el alféizar y comienza a impacientarse.

A medio metro de la puerta él se detiene, reconoce el perfume. Esa deliciosa mezcla del sándalo con su piel es inconfundible. Es ella. Recorre el último trecho del pasillo zarandeado por fugaces recuerdos. Ah, las blancas siestas de invierno y los domingos mojados que nos empujaban cómplices al encierro, a ovillarnos bajo las sábanas, a enhebrar suspiros. Y el sol, su sol, dorándole el cabello salado de mar. Y sus tibios pechos, mi hogar más fraterno. Al fin llega a la puerta de cedro, le da una vuelta a la llave y gira el picaporte.

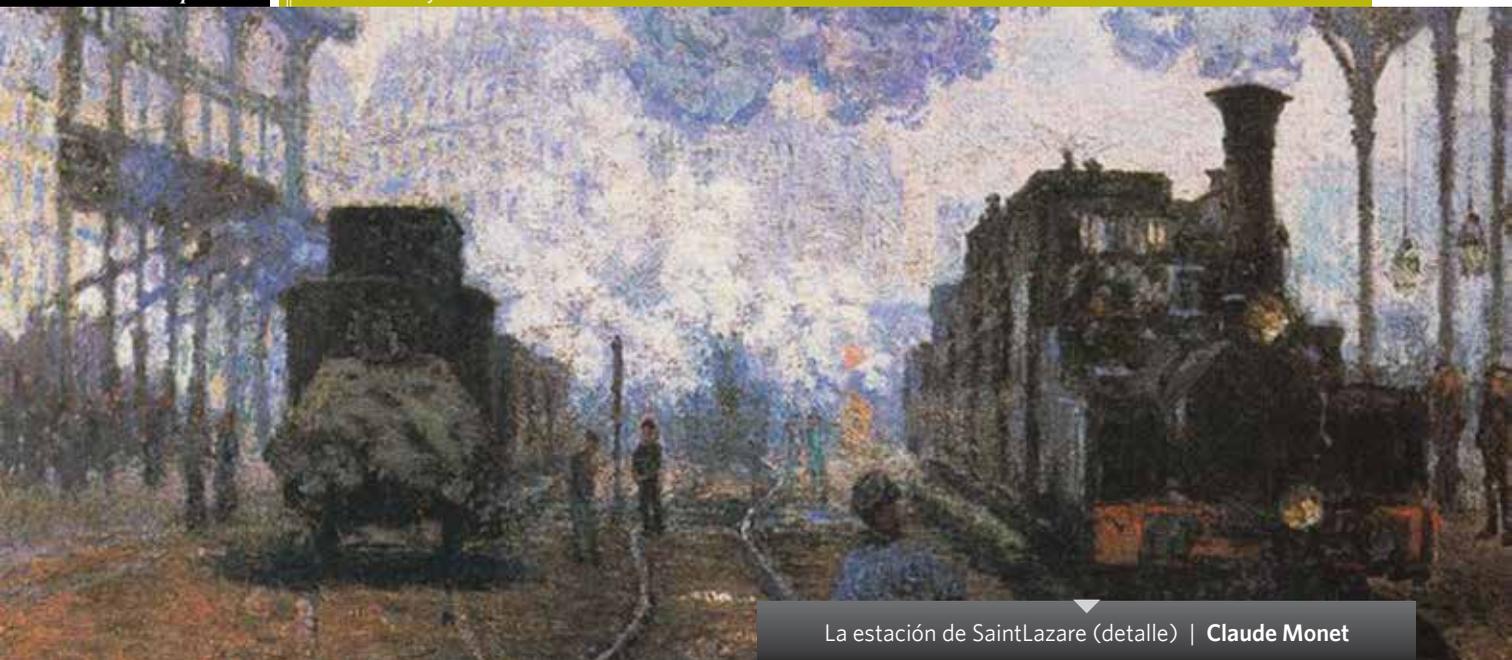
Tras la puerta de esta casa sólo el otoño en sepia aguarda. Un colchón de hojas mustias cubre el camino hacia la entrada y las rosas sobreviven apenas con sus tallos leñosos. Sale al pórtico y la busca, luego cruza la reja y mira a ambos lados de una calle en la que nadie –mucho menos ella –espera. Su mirada registra por última vez el jardín y la calle. La solitaria mata del rosal, la reja oxidada y las hojas muertas. Hubiera jurado que era ella, que había vuelto... Me habrá parecido.

Como recordarán, allí las horas flotaban y los segundos, a veces, se olvidaban de pasar.

LA ADVERTENCIA

Crepúsculo

Por Román Ksybala



La estación de SaintLazare (detalle) | Claude Monet

Era temprano. La ciudad aún dormía en silencio cuando él despertó sobresaltado una vez más: había soñado con ese número por cuarta vez...

¡Cuarta vez! Eso no podía ser casualidad; ya no se trataba de una coincidencia divertida para contarle a los amigos y reírse en grupo. Esto era algo más... Alguien le estaba tratando de decir algo... O acaso él se estaba tratando de decir algo a sí mismo.

Intrigado, hurgó en su mente una y otra vez en los días sucesivos, tratando de encontrar un significado oculto para ese número. Una dirección, una fecha... ¿Coordenadas...? ¿Pero coordenadas de qué?

Nada parecía tener sentido.

Cuando se hartó, optó por ser práctico. Buscó la casa de juegos más cercana y compró un número con esas cifras. Cuando fracasó comenzó a probar distintas permutaciones, pero las semanas se fueron transformando en meses y ninguno de ellos salió premiado. Y el misterio lo seguía acechando como siempre, porque él continuaba soñando con lo mismo. Y con una voz desconocida, que le susurraba que ese número era clave para su destino.

Con el paso del tiempo su intriga se transformó en obsesión. Sus ausencias al trabajo se volvieron recurrentes, y un día fue despedido. Él se limitó a seguir viviendo con el dinero que tenía ahorrado en el banco. Se bañaba cada vez menos seguido y su aliento se fue volviendo fétido. Y era cada vez más raro verlo salir al exterior.

Sus paredes ya no tenían colores: eran un garabateo de cifras e hipótesis; un mapa de su creciente enajenación. Sus vecinos lo evitaban, dudando de su salud mental. Amigos ya no tenía, la piel de una mujer era un recuerdo distante, y él sólo podía pensar en esa voz que le advertía que ese número encerraba el secreto de su destino.

Pero el misterio no le era develado.

Poco a poco comenzó a ser arrastrado por la depresión. Porque su vida estaba en ruinas: no tenía trabajo, amigos ni mujer.

El dinero se le iba acabando, y ese maldito número seguía apareciendo puntualmente cada noche. Y aunque en su último sueño se le había pintado la imagen de dos líneas paralelas con el número entre ambas, él no lograba deducir nada de aquello. Y empezaba a admitir que tal vez era simplemente incapaz de descubrir el secreto.

Estaba desesperado.

Esa tarde trepó a su bicicleta y salió a reponer sus magras provisiones. Pedaleó mirando en la distancia, triste y meditabundo, cuando de pronto aparecieron las vías frente a él y tuvo un raptó de inspiración. Se le dibujó el número encerrado entre paralelas en su sueño, y recordó que las paralelas se cortan en el infinito, según le habían explicado de niño. Luego... ¡los números era una pista matemática! ¡Las cifras eran la clave para resolver un teorema, un enigma! ¡Claro, qué idiota! ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Lo que la voz le susurraba era correcto: los números eran la clave para una prosperidad extraordinaria, para producir un cambio radical en su destino. ¡Había instituciones que premiaban la resolución de esos enigmas con verdaderas fortunas! ¡Hasta con un millón de dólares!

¿Cuál sería...? ¿La conjetura de Hodge? ¿La hipótesis de Riemann?

Eufórico y ensimismado, no advirtió el tren hasta que fue demasiado tarde. Pero alcanzó a leer por fin su número, en el frente de la locomotora que lo embestía.

QUÉ CULPA TIENE EL DESTINO

Crepúsculo

Por Mariana Isadora Rodríguez

No lo diseñé, no lo esperé, no lo busqué, no lo creé. Pero así se fueron dando las cosas. Cosa de creer o reventar. Ahí fue que lo vi. Y fue por ese maldito vicio de besar que me pegoteé. Muchas cosas en común, pero no había mucha piel o sí. Lo que no había era mucho sexo. Y por esas cosas del destino, no va que me quedo embarazada en uno de los primeros intentos.

Él no quería saber nada con la idea de ser padre. Y yo qué? Qué se yo... apenas con 18 años, comenzando la universidad, con trabajo temporario. Nada fijo. Ni siquiera sabía si lo que estaba estudiando me gustaba.

Y este caballero aparece justo ahí, en un momento de muchas preguntas, de muchas inseguridades y en el preciso momento cuando estaba descubriendo el mundo. Comenzaba a tener nuevos amigos. A pintarme como una puerta y buscar ropas que se amoldaran a mi cuerpo y ocultaran mis defectos.

Toda mi vida había tenido piernas delgadas y cara de nena. Quizás por eso, no había tenido novio en la secundaria. Y me sentía aislada, no tenía de qué hablar con mis compañeras del colegio que ya tenían experiencias sexuales. Yo nada, no conseguía más que enamorarme en silencio. Amores platónicos.

Y de repente, Nico. Así de la nada. Me gustó su cara de niño, su cuerpo poco musculoso. Sus cosas raras. Era realmente raro. Pero en ese momento, no podía darme cuenta porqué era extraño. Nos gustaba estar horas y horas abrazados.

Él tenía algunos amigos y nos reuníamos bastante con ellos. Siempre estaban organizando fiestas de disfraces. Era muy sano. No consumía drogas y tampoco mucho alcohol. Escuchábamos música y nos encantaba bailar. A Nico le encantaba disfrazarse de mujer vampiro y atacaba a mordiscones a sus amigos. Y con uno de ellos se besaba en la boca. Lo hacía como un juego, claro.

También nos cambiamos la ropa con Nico. Él se ponía mis plataformas y se maquillaba. Y yo permanecía en calzones al lado del. Y sus amigos nada. Ninguno decía algo sobre mi cuerpo. Siempre creí que era porque era demasiado lánguida y no llamaba

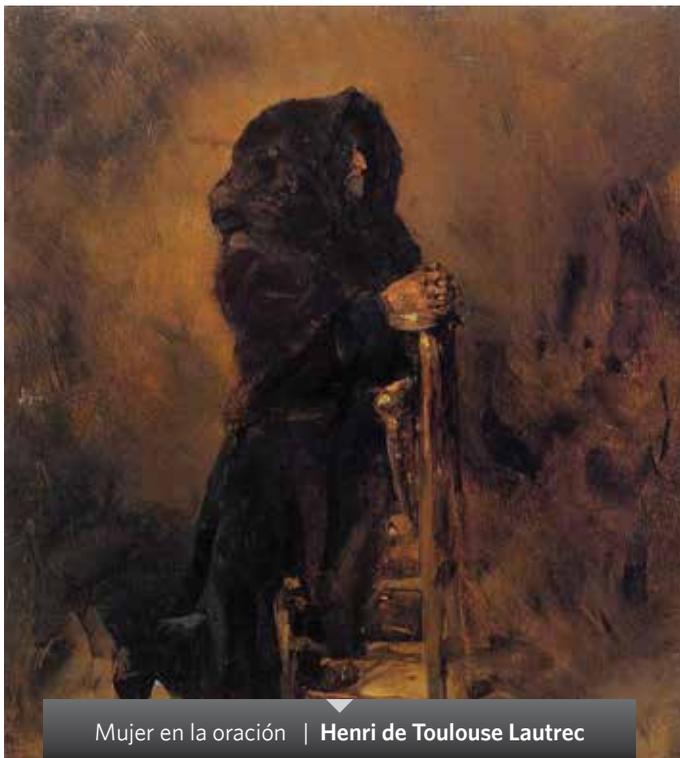
mucho la atención. Casi sin tetas, un cuerpo como de nena. Todas las tallas me iban grande de caderas y muy cortas de piernas. Parecía un espantapájaros. A no ser por el maquillaje, mis labios gruesos, rojos y carnosos. Era una mujer sin gracia. Pero no, sólo era una mujer sin exuberancias.

Yo lo amaba. Nos amábamos. Yo no podía estar sin él y él sin mí. Cómo no lo iba a amar, si fue mi primer hombre. Y respetó mis tiempos. Era muy respetuoso de eso. Muchas veces, pensé que era porque yo era muy poco atractiva. Pero éramos muy parecidos en eso los dos. Él era igual un tanto celoso de mis amigas. No quería que hablara mucho con ellas. Pero de sus amigos, nunca una escena de celos, nunca una mala cara. Mi hermano más chico, viste cómo son de celosos los hermanos menores. Bueno, él decía que Nico era maricón.

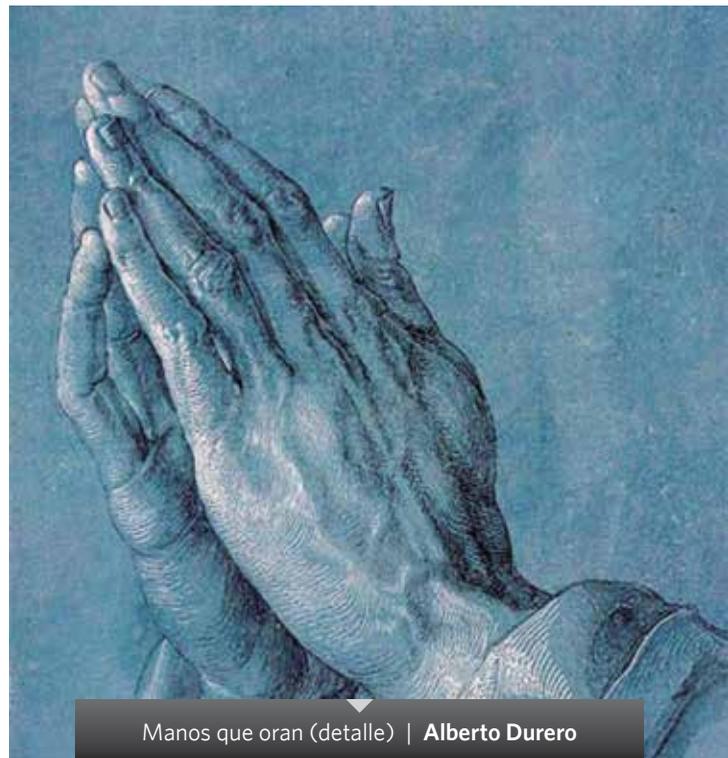
Para mi Nico era lo más. Era callado, medio tímido, alegre y muy original. Tenía su forma de humor. Y me gustaba eso. Porque siempre estaba dando vuelta el mundo. Mirándolo de otra manera. Se enojaba cuando yo me ponía una minifalda o con push up, me armaba las lolas. Y yo lo hacía por él. Para estar más sexy. Pero él amaba mis uñas negras, mis zapatos de cordones. Y hasta me corté el pelo para parecer un animé japonés, que él adoraba. Estábamos mucho tiempo junto. Casi todo el tiempo posible.

Yo tenía muchas dudas sobre el sexo. Les hacía preguntas a mis amigas. Ellas eran expertas y salían con pibes más grandes, con hombres casados, con viejos, bah con tipos de más de 30 años. Una de ellas tuvo que hacerse un aborto. Y entre todas juntamos el dinero para que pudiera hacérselo sin decirles nada a sus padres. Y el tipo se borró con eso de que era casado, tenía familia y ella le estaba generando problemas. Que si la mujer se daba cuenta, si rompía su matrimonio y sus hijos y no sé cuántas cosas más. Él tenía hijos, una familia y un trabajo. Era un tipo feliz. Y Male? Male estaba fascinada.

Una vez, recuerdo, que se habían emborrachado tanto que terminaron teniendo sexo en una playa de estacionamiento en pleno día! Y la mujer de él, llamaba y llamaba, hasta que él atendió el teléfono.



Mujer en la oración | **Henri de Toulouse Lautrec**



Manos que oran (detalle) | **Alberto Durero**

Entonces en un santiamén, todo cambió. Él obligó a Male a ponerse la ropa rápido, limpiar el auto y se fue rapidísimo porque tenía que buscar a los chicos a la escuela.

Y Male, me llamo a casa, para que la fuera a buscar a una estación de servicio en el acceso oeste, cerca de Merlo. Male no tenía un mango y le tipo la había dejado ahí. Male se reía, estaba todavía borracha cuando llegue. Se reía de la locura que habían hecho, del sexo que habían tenido. Male decía, que él tenía un pito muy grande y cogía muy bien. Y que la mujer estaba fuera de estado. Que había perdido la figura, después de los embarazos y se había puesto exigente con él. Y bueno, Male estaba enamorada. El la llamaba a cualquier hora. Male decía que él estaba loco por ella. Y Male se escapaba de su casa. A veces de madrugada, otras veces en pleno día. Otras veces ella se tenía que esconder porque pasaban amigos de la familia y podían verlos. Y ellos nunca andaban de la mano. Solo hacían el amor cada vez que se veían. Y se veían solo para tener sexo. Male no entendía mi relación con Nico. Nosotros íbamos juntos para todos lados, pero no teníamos mucho sexo. Y del destino? Qué se yo... Male lo estaba descubriendo, él lo estaba padeciendo.

Edith, mi amiga de la infancia. Con ella mucho no podía hablar. Porque ella tenía otro destino, ya desde muy chica. Su familia era de una religión protestante muy estricta. Con nosotras se soltaba y hablaba cosas así de impíos. Cosas del mundo. Pero se rescataba rápido y se iba.

Cuando hablaba de amor, era así como que estaba predestinado y que ella no iba a contradecirlo. Y lo decía tan segura que era creíble. Ella andaba con el hijo del pastor. Y hacían cosas interesantes juntas. Salían a evangelizar, organizaban actividades para los jóvenes de la comunidad religiosa. A veces, se iban de campamentos a lugares hermosos y se encontraban con otros jóvenes. Ella era muy espiritual y el también. Y siempre decía que pedía a Dios para que la guiara a espantar los deseos de la carne y así, darse cuenta si ese era el verdadero amor.

Ellos esperaban terminar sus estudios universitarios, y después enrolarse para trabajar en la obra del señor. Y si era la voluntad de Dios y estaba destinado a formar una familia, se casarían. Pero tenían que luchar mucho por conservar ese amor y no caer en la tentación, ni perderse en otros menesteres.

Edith nunca había tenido una relación sexual. Y nos sorprendía, porque ellos no tenían sexo. Pero ella decía, que si tenía la mente ocupada no le daba tiempo al diablo para que se apoderada de los deseos de la carne. Ella quería llegar virgen al matrimonio y ofrendarle a su futuro esposo, toda su femineidad intacta. Entonces como podía yo contarle a Edith sobre mi relación con Nico. Bueno quizás era un poco como Edith, una relación espiritual y no nos dábamos cuenta, quizás ese era nuestro destino.

Un día, de casualidad llegue temprano a casa y la vi a mi mamá llorando. Ella estaba sola, papá se había ido a trabajar y mi hermano estaba en el colegio. Ese día, me sorprendió encontrarme con mamá. Normalmente a esa hora, ella estaba en el instituto. Ella había retomado sus estudios de pedagogía. Cosa que me hacía muy feliz. Pero quien no estaba muy feliz era mi papá. Papá le reprochaba a mamá, que ella abandonaba las tareas de la casa, que no tenía que comer, que estaba todo desordenado. Que cocinaba siempre lo mismo.

Cuando mamá no estudiaba, papá llegaba a casa, prendía la tele y del sofá no se movía. Todo el tiempo diciendo Tesorito no me haces un té?, tesorito tengo frío, me alcanzas la manta? Mi reina, puedes plancharme esta camisa para mañana? Mamá, puedes hacer callar a esos chicos que quiero ver el noticiero?

No podíamos ni jugar cuando él estaba en casa. Y de mirar televisión ni hablemos. Todo era para él. Todo lo mejor. Él decía que podía comprarlo porque la plata era de él y era el único que trabajaba en casa. Pero si mamá lo hacía, él se enojaba. Y eran tan insostenibles todos los reproches que le hacía a mamá, que ella terminaba por abandonar el trabajo, los estudios. Y así todo eso se repetía cada tanto, durante muchos años. Ese era el destino de mamá.

Pero ahora ella, se había puesto a estudiar para poder trabajar y ayudar en la casa. Tener su dinero, administrarse de otra manera, ayudarnos a nosotros y esas cosas. Eso molestaba a papá y a la madre de papá. Porque decían que con eso de ir a estudiar, se estaba juntando con gente de ideas raras. Y esas ideas raras la estaban convenciendo a mamá. Parece que mamá se estaba rebelando y los abuelos decían, -"tarde le llega la adolescencia." - Y papá se mofaba de eso. Hacía pantomimas de mamá comiéndose las uñas, con tics nerviosos, con blusas escotadas, polleras cortas y tacos como los míos. Mamá no decía nada. Seguía con sus cosas. Que paciencia la de mamá. Algún día se va a cansar, pensaba yo. Podrá cambiar de destino o de marido? O el marido que le destino le otorgo?

Otras veces, mamá se conformada diciendo que se parecía a su papá. Que era genético, que no lo podía cambiar. Que así era el destino, que en la vida no todo era color de rosa.

Mi abuelo materno, había tenido varias tragedias juntas. Sus padres habían fallecido cuando él era un niño. Se crió un poco con sus abuelos y otro poco con

sus tíos. Después, se casó y por cosas de la vida, la Muerte le llevo su esposa y le dejo tres nenas.

Y el destino, nuevamente, puso en su camino una nueva mujer. No se llevaban muy bien. Vivían todo el tiempo separados y cuando estaban juntos peleaban mucho. Y los sábados iban a la iglesia a buscar soluciones. El pastor decía que: -"lo que Dios unió, no lo separe el hombre." Entonces hacían un par de oraciones y así comenzaban de nuevo. La paz les duraba apenas unas horas. Y así seguían y siguen todavía, cargando su destino.

El caso es que ese día me encontré con mamá en casa llorando y los apuntes del instituto desparramados por todo el living de la casa. Me senté al lado de ella y le pregunte que había pasado. Y mamá no quería hablar, se secó las lágrimas y se puso a juntar los papeles del piso.

"No pasa nada hija." - Me dijo - "pasa lo de siempre, que a tu papá no le gusta que salga de la casa, que está cansado de llegar y estar solo, de no tener que comer y etc., etc., y siempre es la misma cantata. Que también me descuidé de ustedes, que los dejo hacer lo que quieren, que no sé dónde están, que no me interesa la familia, que estoy tirando por la ventana, todo el sacrificio que el hizo durante todos estos años..."

Mamá lloraba mientras hablaba. Lloraba mucho. Abraza a mamá y me puse a llorar con ella. Y llorando le dije: - "Y justo ahora vengo yo con un embarazo."

Mamá me despego de su pecho y me agarro fuerte de los hombros. Mientras me decía - "Que, que, qué?" oh no, Lolis. Yo sabía que esto podía pasar. Se agarraba la cabeza, caminaba y daba pisotones en el piso. Y yo ahí parada aun con la campera puesta y comiéndome las uñas. - "Bueno má, paso." - le dije.

- Porque no te cuidaste?

- Que dice Nico?

- Y la universidad ahora?

Parecía una máquina de hacer preguntas y sin respirar.

Má, - dije con voz fuerte para interrumpir un poco su monologo.

- "Nico no quiere tenerlo, pero yo sí." - Mientras mi vieja me miraba con los ojos bien abiertos, resolvía y meneaba la cabeza. "

- Facu, ya sabe y él me puede ayudar a cuidarlo mientras estoy cursando." Facu es mi hermano menor. Y es mi confidente también.



Madre e Hija | Egon Schiele

-Claro ustedes saben mucho de hijos y son muy responsables- gritaba mamá. – Los tengo que despertar para ir a la escuela y hablan de cuidar un bebe como si fuera fácil! Que no se entere tu padre. Esto lo resolvemos nosotras. -Me dijo sentenciándome.

Como siempre mi mamá resolvió todo. Conseguimos el dinero, fuimos al ginecólogo y me hice el aborto. Mi tía, que estaba de visita por Argentina, me acompañó al consultorio.

Mi tía, otra que anda buscando el destino no sé por dónde. Nunca para, quizás porque nunca lo encuentra. Vaya uno a saber. Tantos destinos, como personas. O será que hay más de un destino para cada persona? Me pregunto a veces.

Pocos meses después paso la tormenta y nos dejamos de ver con Nico. El continuó con sus estudios de informática. Se lo ve con un amigo. Su mejor amigo. El de siempre. Y cada tanto aparecen fotos en su Instagram y Facebook. Ellos dos tomados de la mano, dándose besos.

Siempre pensé que su relación era de un amor muy fuerte. Nico decía que eran inseparables. Compartían secretos muy íntimos. A mí no me los quería contar porque decía que eso cambiaría la relación. Él tenía miedo que yo lo odiara. Y yo tenía miedo que él me odiara a mí, por querer tener un hijo suyo.

Será que el sexo condiciona el destino?

Por fortuna eso no paso, pero yo fui su primera y única mujer. Nico es y será una persona única para mí. Nos une, quizás, ese secreto de haber derribado prejuicios y desafiado el destino.

Bah, que destino? Tal vez el de conocernos, el de disimular los defectos, el de jugar con las apariencias, el de ser capaces de elegir...

Qué hubiera pasado si todo hubiera sido al revés, o simplemente una cosa hubiera sido diferente?

A veces, me gusta hacer esos juegos mentales de inventar finales y trucar realidades. Y ni hablar que cuando saco un pasaje elijo un punto de llegada, marco un lugar de arribo y saco un billete para otro lugar.

Una manera de esconderme del destino o perderme por el camino. Siento esa simple felicidad que escribe Machado: "Caminante no hay camino, se hace camino al andar." A esa frase me la hice carne. Que hasta pienso que el destino es sólo un lugar de paso, un lugar de arribo, entre tantos caminos, atajos y vericuetos que se entreveran con el tiempo.

¿CASUALIDAD O CAUSALIDAD?

Indiscutiblemente para los griegos el mundo era causal, pues los oráculos predecían el destino de manera inapelable. Querer huir de un mal destino era todavía peor, de ahí el drama de Edipo... y la crueldad del destino. En verdad no conozco destinos buenos, pues aunque en un comienzo los hados parecen favorecer a alguien, luego le atropellan sin clemencia: María Estuardo (lo sé gracias a la excelente biografía escrita por Estefan Zweig) ejemplifica a la perfección este postulado. Con un año de vida ya era reina de Escocia, con once, reina de Francia y de medio Europa, con dieciséis, una triste viuda confinada en sus habitaciones. Pero aún era reina de Escocia y, según ella, reina de Inglaterra. Escapó de Francia a luchar por lo suyo. Tras mil avatares consiguió que le cortasen la cabeza por orden de su estimada prima, Isabel, reina de Inglaterra. Afirma Zweig que de tanto apretar los dientes para no demostrar ninguna debilidad la cabeza cortada dio varios botes por el piso del cadalso. Otra María, en este caso Antonieta, no le va a la zaga. Crueles destinos desde luego, y todavía más crueles si pensamos en esos años dorados que precedieron al desastre y a la muerte.

¿Causalidad o casualidad?, he ahí el dilema, y pese a ser de los casuales, porque si no la vida tiene un determinismo implacable, como lo es para las personas que creen en el karma: las vidas pasadas marcan el camino tajantemente, no hay escape, sólo aceptación, y rezar para que el alma se purifique y el cuerpo se disuelva como una pompa de jabón y nunca más vuelva a ser. Por fin alguien ha escapado de la predeterminación y, quien lo diría, gracias a ese destino que a todos nos espera para deshacernos: la muerte. En ella gran parte de lo que somos se disuelve inexorablemente, sin embargo algo nuestro perdura por los siglos de los siglos: el ADN y, cuando nacemos, no llegamos como una hoja en blanco, ¡qué va!, ya llevamos dentro ese ADN que, para algunos, seguro que será ese nefasto destino, pues en él está escrita la futura enfermedad que tal o cual sujeto padecerá en algún momento de su vida. Cruel herencia. Me pregunto: ¿el karma tal vez es el ADN que perdura por los siglos de los siglos en cualquier huesito nuestro?

Pero para los míos, los que no creemos ni en oráculos insoslayables ni en karmas que nos señalan el camino de forma ineludible, la casualidad, el libre albedrío, la suerte buena o mala participan en el juego de la vida, son parte de cualquier existencia que cree en la libertad. No obstante, en mi vida y en cualquier vida, existen circunstancias que hacen vacilar esta convicción: ¿cómo puede ser que la chica a la que conociste en una floristería que servía flores a los actores y uno de ellos, en agradecimiento, regaló entradas a todos los presentes, y luego, al cabo de un mes, ¡patapam!, te la encuentras en la puerta del teatro? Ineludible liarse. Destino, y no logro convencerme de que la vida es totalmente casual. En ciertas circunstancias parece que el maldito destino se muestra implacable, pues tanta casualidad no puede existir, ¿o sí? Lo reconozco, a veces el destino nos espera detrás de la esquina, giramos de golpe y nos rompemos las narices al chocar con él.



Es la duda metódica, y más si piensas en los animales: ellos, ¿tienen destino? Antes, igual que a las mujeres, se les negaba el alma, pero ahora basta ver un documental sobre cualquier bicho para comprobar que casi son como nosotros, y entonces, cuando aplasto a las malditas hormigas que me invaden las viandas, ¿yo soy el destino, el terremoto que sepulta vidas y haciendas sin más? Y la hormiguita que se salva de milagro, ¿lo hace por destino o por casualidad?

Son lo insolubles dilemas que nos rodean y, a nosotros, sólo nos queda la especulación, la duda y, a veces cierta convicción.

TRES HISTORIAS POSIBLES

Crepúsculo

Por Carlos David Rodríguez

Intro

De niño mi forma de mirar a los ojos, claro que era muy diferente. Todavía no guardaba rencor, todavía no ocultaba verdades, todavía no me habían tajeado el pecho queriendo ultimar mi corazón, todavía creía en mis amigos, todavía lloraba por los demás...

Pero vaya que el tiempo pasa cuando uno no se detiene a pensar en él. Es ahí cuando corre velozmente a nuestras espaldas, mientras los proyectos e ilusiones engatusan nuestra atención. El destino usa distracciones imposibles de esquivar.

Será que, tal vez, alguien quiere que no lleguemos nunca donde nuestros anhelos desean. Ese alguien debe ser demasiado grande y mucho más importante que cualquier vida humana. Debe tenernos a todos controlados desde su pánoptico de cielo.

Quien puede saber y contestarme esta pregunta eterna: ¿Para qué vivir?...

Ese muchachito

Héctor era un personaje que caminaba encorvado. Siempre mirando al suelo como buscando algo que nunca encontrará. En la calle pasaba inadvertido, así como en la escuela solía esconderse detrás de sus compañeros. No levantaba la mano ni para ir al baño. Todos se reían de él al pasar e indiscriminadamente frente a sus tímidos ojos.

No levantaba la mirada ni ante sus pares, menos a sus mayores. El respeto se había transformado para él en una prisión que no lo dejaba ser, que no lo dejaba vivir como quisiera. El temor al "qué dirán" lo dejó encerrado en sueños de niño con alas. Pero sólo volaba cuando dormía, acurrucado entre sábanas de dibujitos animados.

Su vida era una burbuja apartada del mundo real. Pues, lejos de la televisión y su imaginación, nada le devolvía ese toque de paz. El séptimo grado era para él como la cárcel para los marcianos que no saben para que están ahí ni como cayeron. Sus padres muy católicos jamás le preguntaban como estaba, como se sentía, sólo lo llamaban para cenar.

Con trece y sin amigos, sin nadie con quien hablar, en quien confiar sus deseos, sus cosas, fue adquiriendo una extraña forma de sentir. Una alterada y deformada manera de interpretar la vida. Sin embargo, una mañana de contra-turno la maestra presentó en su curso a una niña que embelleció su mirada.

Era la primera vez que su cuerpo experimentaba esa sensación de emoción interna. Jamás había sentido interés y, mucho menos, atracción por alguien real.

No podía despegar su mirar de tan preciosa mujercita. No sabía qué era lo que pedían hacer sus manos, pero hubiera querido tocarla desde los pies hasta la cabeza, apenas la vio entrar.

La tentación de hacer con ella lo que veía en las películas de internet era demasiado grande como para resistir, pero resistió y dejó que otros le hablaran primero. Esos lenguaraces, pioneros de la estupidez y de hacerse ver ante las chicas, avanzaron como perros en celo apenas ella se sentó. Sonrisas de todos lados, menos de ese rincón donde él rugía de nervios.

Al volver a su casa fue corriendo al baño a descubrir que ocurría con esa dureza bajo sus pantalones. La inocencia de sus recientes trece años sin vida social no le había enseñado más que a hacer todo a escondidas. Se encerró y cerró los ojos para imaginarla a sus pies. Un anhelo inalcanzable, que por un instante fue verdad.



Los días pasaron y él ya no prestaba atención a la clase. Sólo aferraba su admiración a su lacio y dorado cabello, que movía constantemente como si supiera que la estaban observando con detenimiento. Era una modelo y a pesar de tan pocos chicos en su haber, ya sabía cómo seducir, cómo hacer sentir eso en un hombre.

Faltaban apenas semanas para terminar el año y él ni siquiera había podido preguntarle su nombre. Jamás tuvo el valor para acercarse y saludarla como un caballero. Ni la televisión ni internet ni los estúpidos consejos de su tío borracho lo ayudaron cuando la vida lo escupió en la cara. Solo se dio cuenta que las cosas no eran tan fáciles.

La tormenta en sus ojos estalló cuando volvió de la escuela arrodillándose, luego de ver a su amada comerle la boca a uno de sus compañeros. No salió en todo el bendito día de su habitación y lloró. Lloró como una nena, como una mujer en un parto. Lloró con un dolor inmenso y se despidió mentalmente de sus sueños y anhelos.

Al otro día, otra vez en la escuela, lo esperó al chico en cuestión en la esquina del colegio. Con un cascote en la mano, lo dejó adelantarse y por detrás, le partió la piedra en la nuca. La víctima en cuestión cayó duro y sin reacción al suelo, mientras su cabeza abierta se desangraba lentamente por el pavimento de la vereda.

En el recreo la noticia comenzó a pasar de boca en boca. La joven bonita se puso a llorar y se metió al baño sola. Entonces, supo que era su momento.

Su ser estaba transformado y decidido. Entró donde estaba ella y la abrazó con una fuerza tremenda, la besó y le arrancó la pollera. Antes que comenzara a gritar le pegó una trompada y la niña se calló.

Muñeca

Miraba pasar las estaciones como una pintura que se deforma con el pincel del artista. Sentada del lado de la ventana llevaba una gris remera sin mangas.

El calor de la tarde que aún no se quería caer la notaba algo molesta aunque no se quejaba. Su nariz, angosta y puntiaguda, pero no de más, sostenía unas gafas oscuras. Aunque tapados sus ojos sé que se avispó de mi inquietud. Su cabello recogido, oscuro y fino, se escapaba por detrás de sus orejas y mientras se acomodaba otra vez sus mechones cambiaba la radio para oír nuevas emisoras.

No observaba nada con detenimiento. Estaba realmente concentrada en los sonidos de sus auriculares. No cantaba, pero de a ratos movía sus despintados labios como queriendo gritar, pero reprimiéndose al notar lleno el tren. Entonces, acompañaba con su pierna que trotaba despacio cuando su pie parecía apretar y soltar el embrague del banco de adelante. Yo la seguía detenidamente, pues estaba muy cerca, pero parado, ya que su acompañante de asiento había visto antes ese lugar vacío y se había aprovechado de mi lentitud al subir.

Sin embargo, el cansancio de mis pies luego del laburo, se disipó cuando mi mente se invadió de dudas y preguntas al verla así. Tan simple y normal, como cualquiera que tiene una vida sin sentido, pero acostumbrada y aggiornada a la cotidianidad como el resto de los mortales. Pues estaba expuesto que no era así. A las claras ella se mostraba sin lástima ante los demás y llevaba como con orgullo el "haberse querido ir" en sus antebrazos.

No ocultaba su pasado, sino que muy por el contrario. Parecía realmente querer demostrar que seguía viva a pesar de la vida.

Sólo un momento bajó la cabeza y sus faroles, negros y buenos, con ganas de revancha brillaron detrás de sus anteojos. Buscaban revancha esos iris, no venganza. La cuestión era con ella misma, era saberse más fuerte que antes para seguir respirando. Para seguir llorando. Para seguir sufriendo, pues de eso se trata el seguir latiendo. Era la revancha de volver a jugarse. Volver a apostar por ella misma, pues nadie parecía poner una limosna por ella.

No sé cuál era la estación, pero se levantó y caminó con decisión, con los hombros firmes, a la puerta del monstruo de ruedas metálicas.

Bajó y luego de verla cruzar el andén me percaté que me había pasado de largo.

El viejo

Es una noche como todas, en la que Luna refulgente le pone luz a las veredas de La Capital. Se acaba la semana y los oficinistas, jefes y secretarías se preparan para cenar en la pizzería más reconocida del centro. Allí donde la alta alcurnia suele reírse de lo que ellos entienden como escoria de la sociedad.

Es una velada como cualquiera, pero sin que nadie lo esperase aquella rutinaria salida se transformaría en algo más.

Una fuerte e inesperada ráfaga de viento comienza a flamear las ventanas del lugar, que se chocan y parecen descascararse con cada golpe.

Sin embargo, uno de los mozos empieza a cerrarlas y todos en sus asientos parecen sentir con la cabeza su atenta acción. Las cortinas no se desprenden porque están bien sujetas y transmiten la sensación fantasmagórica de las películas de terror.

Mientras muchos de los presentes esperan la comida, otros ya empiezan a degustar las delicias de las porciones desbordadas de muzzarela con las que manchan sus servilletas. Todos denotan con claridad que el clima tempestivo empieza a oscurecer las sombras de la noche, como si no se tratara de la misma y tranquila velada de hace unos instantes.

Afuera, las hojas de papeles tirados durante el día vuelan como en otoño. Se levanta la tierra y los zapatos fatigados de la gente también se hacen presentes. Esas partículas molestan al linyera que sigue caminando, sin querer asomar su mirada por la puerta de los restaurantes para no pensar en la familia que una vez supo tener. Sigue buscando un lecho donde descansar y se refriega los ojos con tanta vehemencia que se enrojecen por el ardor.

La vista del personaje característico de calles porteñas, hace desesperar al fulano que empieza a gritar. Un alarido que se confunde con el silbido del tormentoso aire parece quebrar los cristales, pero nadie lo nota. Los relojes de los restaurantes encerrados en un clima cálido donde las personas también emiten ciertos alaridos, pero a modo de carcajadas, marcan las 24 exactas.

Con el saco roto y los parches descosidos, desesperado por los párpados que no puede separar, el linyera tropieza y, sin quererlo, ingresa de cabeza en la pizzería, al embestir contra la puerta. Justo en ese momento un estruendoso rayo cae desde el cielo en algún lugar de la Capital. El cielo, más negro que nunca, empieza a derramar sus lágrimas saladas de manera intermitente.

Atormentados por el hecho, los consumidores con billeteras adineradas comienzan a marcharse del lugar. Enojados, muchos pasan por al lado de los dueños del restorán realizando gestos típicos de “no pienso pagar”. Las mujeres gritan, inmóviles en sus sillas. Los niños caprichosos, de esos que no dejan de pedir juguetes y ponerse a llorar cuando quieren algo, miran atónitos al tipo tirado a los pies de los mozos que ahora intentan levantarlo.

Pasaron apenas cuatro minutos y muchos ya se fueron, pero muchos también, todavía permanecen sentados esperando su bebida como si nada hubiese pasado. De todos modos, tampoco piensan ayudar. Los mozos finalmente incorporan al hombre en una silla cualquiera y le preguntan su nombre.

Él responde que ya no lo sabe y aún con los ojos cerrados comienza a tranquilizar su convulsionado cuerpo. Alguien le alcanza un vaso de agua y él se lo tira por la cara para despabilarse.

Por fin, con la vista despierta puede mirar hacia fuera, desde las ventanas cerradas de la pizzería. Así puede admirar el clima que se avecina o que ya ha llegado. El mismo que le revuelve los recuerdos produciéndole lágrimas del pasado. Entonces, volviendo su atención hacia el interior del lugar observa con detenimiento a una familia que come tranquila en una mesa ubicada en una esquina. Sin decir nada se levanta de la silla y se dirige hacia quien parece ser el padre de dos chicos pequeños que comen junto a él y a su esposa.

El hombre mira al linyera y, amablemente, como desentendido de la situación le pregunta si lo puede ayudar en algo. Del saco roto y sucio, el viejo saca una púa y se le tira encima. Los niños lloran y se esconden. La mujer intenta detener al viejo que parece loco. En ese instante, el linyera, con un brusco movimiento raja el cuello de la señora. La mira a los ojos y grita con dolor y confundido: ¡Nooo Mirta!, ¿Por qué te cruzaste mi amor?, ¿Por qué?.

Mientras tanto, afuera la lluvia con piedras ya se adueña de las calles y todos corren a ocultarse en sus guaridas. La noche parece haber terminado, al menos para la mayoría.

EL CASINO DEL DESTINO

Crepúsculo

Por Juan Ignacio Sansinena



At the Roulette Table in Monte Carlo (detalle) | Edvard-Munch

Con un último beso, nos despedimos para siempre. Tomamos caminos diferentes luego de habernos dado cuenta que no éramos el uno para el otro. Abrí mi billetera, llena de recuerdos de nuestros días felices, y busqué aquella foto juntos que tantas veces me había acompañado en mi caminar. La miré con amor y odio, triste por saber que te estaba perdiendo, y confundido por no saberme explicar frente al charco de agua que estaba pisando cómo fue que todo comenzó a descarrilarse.

Resolví que sólo había un lugar a donde podía ir a esa hora; quería apostar todo, ver si la suerte estaba de mi lado o, como siempre, saldría perdiendo. Llegué al "Casino del Destino" casi tambaleando entre dudas y acertijos, pensando que por primera vez las estadísticas de los libros de juego no iban a poder ayudarme. Le mostré la foto al guardia de seguridad y le conté mis motivos de querer entrar. Tan solo atinó a mirarme de reojo unos segundos y con un gesto macabro de desdicha, me asignó un lugar en la "Ruleta de las Decisiones Imposibles". Tomé mi lugar con recelo, sabiendo que había llegado al final del trayecto y sólo quedaba retarme a mí mismo, a mis miedos e incertidumbres.

El crupier anunció el principio de la ronda de apuestas y los doce jugadores de la mesa, incluido yo, comenzamos a temblar sabiendo que el momento de la verdad estaba por llegar.

Saqué la foto nuevamente para apreciarla por última vez y cambiarla por lo que sería en pocos segun-

dos la decisión más importante de mi vida. Los otros once repitieron el acto casi instintivamente, arrojando sobre el paño cartas arrugadas, anillos de compromiso, libros de poesía, flores marchitas y objetos personales inclasificables.

La pequeña bolita de esperanza bailó una eternidad sobre los dedos de aquel empleado antes de caer en la ruleta estrepitosamente, haciendo un ruido ensordecedor sobre el pleno silencio que había en cada uno de los que esperábamos el cese del movimiento y una respuesta certera sobre qué hacer con nuestro indescifrable pesar. En el momento donde el casillero se detuvo en el veintiuno, toda la mesa estalló en gritos de alivio y galanteos en todas las direcciones. Todos festejaban, menos yo, y sin saber por qué.

Desganado, atiné a mirar al crupier en un gesto de vacilación, preguntándole con afonía que había sucedido. Él me devolvió el gesto, con un susurro casi inaudible:

- "Aquellos que ganaron, solo lo hicieron porque su decisión ya estaba tomada, ellos sentían cuál era su camino y conocían a la persona indicada para amar incondicionalmente el resto de su vida, aun sin ser correspondidos. No creas que la suerte no estuvo de tu lado esta vez, sólo tienes que seguir buscando a la razón que te haga volver a apostar. Cuando la encuentres, quizás no vas a necesitar siquiera tener que desafiar una decisión que en tu corazón sientas como correcta".

ESTO NO SE LLAMA DE NINGUNA MANERA

Crepúsculo

Por Marta Cuerpo

Siempre había un lugar a donde se escapaba. No estaba en ningún sitio en particular, era algo más subliminal, quizás. Era una habitación llena de pizarras blancas, con rotuladores de colores esparcidos por el suelo -jamás podrías encontrar allí un Kreidemarker negro. Con millones de juguetes que coleccionaba. Con estampas y fotografías de personas grandes a las que adoraba. Con evocaciones y sensaciones vibrando por ahí, esperando a ser actuadas. Con símbolos que inventaba y que con un grácil garabato implosionaba.

Cada vez que entraba por la puerta lo hacía de manera eufórica, porque siempre encontraba algo que la impedía que se enfadara. Era de esas personas que un día se cayó en lo profundo de un pozo y cuando salió descubrió que era capaz de rasgar motivos para la risa en todo cuanto rozaba. Y es que uno tiene que haber experimentado la velocidad del vacío, la oscuridad, para darse cuenta de que es la luz quien realmente viaja.

En ese lugar hay probablemente más historias que días vividos. Más personajes que intérpretes. Más conceptos que lenguaje pueda existir. Ficciones que no eran, si no, realidades a destiempo. A veces por vergüenza, otras por torpeza, en la mayoría de los casos por ironía y otras veces porque... Las quería guardar ahí y no sacarlas hasta que con ellas pudiera recrear la magia ofreciendo una sorpresa.

Entre todo aquel batiburrillo de coleccionables presidía un cuadro encantado: los relojes blandos de Dalí, "La persistencia de la memoria".

Si esto fuera un relato, tal vez, debiera titularse así.

Era un espacio que resultaba feo y bonito. Un espacio lejano y cercano. Infinito y acotado. Dulce y salado. Acuoso y airoso y, pese a todo, estrafalario. Era un lugar atemporal e inmortal. Y podría decirse que en silencio, pero no sería cierto porque en ausencia de ruido ella siempre escuchaba su propio latido.

Cada vez que entraba por la puerta lo hacía sin edad, porque al entregar lo que llevaba miraba a su alrededor y se daba cuenta de que por mucho que pasara el tiempo, por mucho que aparecieran las arrugas en la piel, o las canas en su pelo; ella seguía siempre coleccionando el mismo cielo.

Y cada fragmento que encontraba por ahí le remetía a la misma historia. Al mismo destino. A la misma época en distintos años. Al mismo... ¿Sentido? A un cambio en la dirección. A un extraño viaje ilusionista recorrido a pasos de equilibrista. A unas nubes de algodón, que no necesitan ningún alcohol para quemar y producir combustión...

Así como por casualidad, siempre que cerraba la puerta algo se escapaba. Y al salir, ella lo encontraba. Con cariño, y sabiendo muy bien el motivo del azar, recogía al milagroso motivo esquivo y le contaba siempre la misma historia:

-¿Y si crees que vives para el tiempo, y en realidad es el tiempo quien vive para ti? ¿Y si el tiempo no hay que pasarlo, sino absorberlo en tu pasear? ¿Y si todo lo que viene se fuera y no volviera más?

Pues eso. Que tú estuviste dentro y ahora ya... Estás fuera. Pero siempre puedes ser otro, aún siendo el mismo, otro distinto al que yo quisiera...

DESTINO / DOS MUNDOS / EL ESCRIBA

Crepúsculo

Por Juan Ignacio Sansinena



Destino

Por Norma Haydée Pérez

¿Qué marcas en los senderos infinitos?
La vida dulce y serena del ocaso de la vida
O el silencio de un alma pecadora al borde
del averno?
O el grito desgarrador pidiendo perdón?
¿Qué arrancas?
Los versos reflejados en el espejo de la memoria.
O el goce de dos corazones que se unen
al final de tu sendero
lleno de ilusiones, alegrías.
Y luego se separan en silencio,
con los acordes de un violín melancólico.
Destino: hueles a lilas, a sangre, a vida, a muerte,
a tomillo y a algas enredadas en cuerpos
enamorado en tarde de verano.
Yo: te espero, aquí, en silencio.

Dos mundos

Por Silvana A. Nosach

Bajo la lluvia nocturna
en la espesura indómita
de la impenetrable selva
un dulce amor se está gestando.
Que no se detenga la lluvia y sus encantos;
que no se acabe la noche, que no se acabe.
Dos mundos se han encontrado
y ya no podrán separarlos.
Extraños son los caminos del destino,
jugando el juego prohibido
del amor y sus caprichos.
Que no se despierte la selva del mágico ensueño;
que no se acabe el amor, que no se acabe.

El escriba

Por Susana Angélica Orden

En cuadernos infinitos
que constituyen los sueños,
va dibujando el Destino
de nuestra vida, los hechos...

En sus huellas elegidas
va devanando el ovillo
y digitando las cartas
de nuestra vida, los signos.

Misteriosos elixires
dan nacimiento al amigo,
dulce néctar de los dioses,
de nuestra vida, el alivio

El dolor y la alegría
sangre son del sentimiento,
que despliega nobles alas
de nuestra vida, lo bello...

Con su pluma blanca escribe
esos instantes perfectos,
cuando creemos que somos
de nuestra vida los dueños.

Con su pluma negra esboza
esos terribles momentos,
cuando sentimos que el mundo
de nuestra vida es desierto.

Y van pasando los días...
Él sigue y sigue escribiendo...
Y nos señala las pistas.

HA PASADO MUCHO TIEMPO

Crepúsculo

Por Graciela Beatriz González

Aunque han pasado muchos años y mi boca tiene surcos dibujados por el tiempo, en el instante exacto en que llamaste, floreció aquella sonrisa de adolescente que permanecía guardada en mi memoria.

No sé si fue un presentimiento pero, hace un par de meses que me he dejado el cabello como antes y he comprado la colonia con tres números iguales que dejaba en mi cuerpo ese olor a flores frescas que tanto te gustaba.

La ropa ha cambiado y también yo. Quise recuperar la onda del pasado y descubrí que aquella moda de falda mínima ya no me queda pero, los colores son los mismos y con un poco de esfuerzo quizás, a tus ojos, mi vestido se asemeje.

Si supieras... Me estuve preparando todo un día para mostrarte que, en definitiva, sigo siendo la misma mujer que conociste.

Tuve mucho miedo cuando viajaba para verte, no fue buena la despedida y quizás tampoco será bueno el encuentro. He hallado tres mil doscientas cincuenta y tres palabras para decirte, las he ensayado desde que me llamaste por teléfono, las he escrito en papelitos de colores, las he pegado en la puerta de mi heladera, las he estudiado aunque, probablemente, no recuerde ninguna de ellas cuando estemos frente a frente.

Llegué a tu ciudad hace dos horas para buscar, ahora camino por calles desconocidas que me parecen eternas (debí ponerme los zapatos viejos, los metatarsos vencidos me duelen a cada paso) y llego por fin al bar donde me esperas.

¿Entro o no? Demasiado tarde, siento tu mirada que me estudia mientras mis rodillas tiemblan, me recompongo y te sonrío con soltura; nos damos un beso de circunstancia en la mejilla mientras el mozo nos apura para la orden y, sin darme cuenta, pido para ti un café negro, sin

azúcar y mi cortado liviano, con ella. Me miras sorprendido y escudriñas mi rostro (me pongo colorada de vergüenza) y luego me dices crudamente: ¿por qué me dejaste? Me levanto al instante, de mis ojos surgen lágrimas como vertientes, me acerco, acaricio tu cara, beso suavemente tus labios y me marcho, no sin antes sacar de mi cartera un sobre con una carta de hace muchos años y depositarlo en tus manos.

Te quedas allí, derrotado, con un rictus de rencor dibujándose en tus labios y yo voy hacia la Terminal de Ómnibus para emprender el camino hacia mi ciudad. El retornar será penoso, se conmocionaron mi mente y mi corazón, pero siento íntimamente que he actuado de la manera correcta. He visto en ti al hombre que había amado, que amé siempre y aún así volví a dejarte, aunque esta vez las razones hayan sido diferentes; ha pasado mucho tiempo, cada uno tiene sus cosas y la balanza nunca se inclinará a nuestro favor.

En mi casa todo está normal, me reciben con alegría mi perro y mi gato, ellos siempre esperan mi regreso. A la noche mientras preparo mi cena te recuerdo, el paso del tiempo no te ha cambiado casi nada, mi corazón dio un vuelco al verte pero no pude soportar esa angustia que todavía te acompaña. No sé el por qué de tu pregunta, por eso te devolví la carta donde me decías que te irías de viaje porque necesitabas despegar, realizar tu destino y, como consuelo "espero que te vaya bien". Así se dieron las cosas; de todos modos me ha hecho feliz estar contigo.

Ha pasado un mes; temprano en la tarde me siento al sol tibio del invierno en el jardín de mi casa y preparo el mate para pasar un buen rato, el perro ladra desaforado como cada vez que llegan visitas, me levanto y voy hacia la puerta, allí estás tú, con el sobre que te diera, en la mano.



Nature at Dawn | Max Ernst

Te pido que pases y mientras nos saludamos, me entregas la carta. No es la que te dí, la abro y leo asombrada "Debo decirte que ya no te quiero, he perdido el amor que sentía por ti, lamento que así sea", firmada con imi nombre! Mis ojos se abren con sorpresa y te digo que yo jamás te envié esta carta, ésa no es mi letra, es parecida pero ies la letra de mi mamá! Te tomas la cara con las dos manos y me dices con pesar -yo tampoco escribí la carta que recibiste, es la letra de mi hermano.

Sin decir nada te llevo al patio y señalo la silla que está a mi lado, los dos nos sentamos en silencio, el sol nos da en la cara y cerramos los ojos; tus manos buscan mis manos...

Suma

Nuestro amor es la suma
de todos los amores vividos en el tiempo.
Como un río incesante, desfilan
las noches de luna veladas en viglias
y los sueños vanos.
Tiene la luz del sol cuando amanece
y las sombras tempranas de la noche,
el llanto de los dolientes solitarios
y la alegría desbordante de los jóvenes.
Está hecho de terribles recuerdos
de frustraciones y abusos,
escogidos de nuestras memorias.
Aunados están los dolores del alma
por caprichos del destino.
Este hacedor de encuentros y desencuentros,
halló la manera de lograr un enlace único
que devino en amor,
el signo más, en esta coincidencia cósmica.

Como Nube

Por Laura H. Mastracchio

Y me miró,
como cuando se mira
a una nube pasar,
y buscó en mí la forma
que sorteaba su imaginación.
Mas,
nube que fue,
ningún rastro dejó.
Al viento el suspiro, al viento
y al olvido.

La Casa

Por Laura Cristiziani

Y me miró,
como cuando se mira
a una nube pasar,
y buscó en mí la forma
que sorteaba su imaginación.
Mas,
nube que fue,
ningún rastro dejó.
Al viento el suspiro, al viento
y al olvido.

Mi Tierra

Por María del Carmen Rourich de Navoni

No hay hora en que conmigo no estés y que
no vea siempre enredado en ti lo mejor de mi
historia”.

-Jorge Vocos Lescano

¿Por qué he de irme, un día, de mi tierra,
si tengo las raíces aferradas con fuerza?

¡Nadie podrá llevarme!

Sólo la muerte trasladará mi cuerpo
hasta otra tierra:

la que me cubra con su fértil tibieza.

La que envuelva con terrosos puñados
este cuerpo, esta mente, plena de versos,
de verdes, de ríos, de lomadas...

Entonces

quedaré más quieta.

¡Pero más arraigada!

Esquivar el Camino

Por Julia Meso Ramirez

Detener el tiempo,

¡Quién pudiera!

Desandar los caminos

de malas experiencias,

tener la fuerza para disipar todas las

tormentas

inada de sentir, desdicha, angustia, pena!...

¡Quién pudiera!

salir del sofocón de esta vida

que fueran leves los problemas

y no esta carga que oprime el alma;

intuir el desvarío de la mente,

ser tolerante con el destino,

ya que disponemos de libre albedrío

y recorremos caminos por nosotros

elegidos...

¡Quién pudiera!

Desandar los cruentos senderos

y soñar trayectos divinos;

pedir que no sea cruel el Destino,

sino algo muy bello,

¡Tallado a cincel!...

HISTORIAS DE CAFÉ

Crepúsculo

Por Norma Morell

A Víctor Funes le agradaba sentarse en ese bar-café ubicado en Avenida Callao; desde allí observaba, dando riendas suelta a su imaginación. Los habitués del lugar siempre respetaron "su" mesa, junto al ventanal que daba a la vereda. Cada caminante tenía para él algo particular.

Por ejemplo la niña que todos los días pasaba saltando, le hacía recordar a una vieja propaganda televisiva; sólo faltaba escuchar la voz infantil diciendo: ¡Era para untar! ¡Era para untar! O la anciana, que caminaba con mucha dificultad, y que sin embargo no dejaba de saludarlo con una sonrisa, acostumbrada a verlo allí sentado.

También aquel señor con aires de ejecutivo, elegantemente vestido. Tal vez -pensaba- no sea una persona de alma buena, se me ocurre que lleva consigo un gran secreto. ¡Quién sabe si la gente que recorre esa vereda o la de enfrente, tengan la misma pasión, los mismos sueños!

¡O no! Pero sueños al fin.

¡Quizás entre ellos hay alguien que va decidido a matar! ¡O sabe Dios si ya lo hizo!

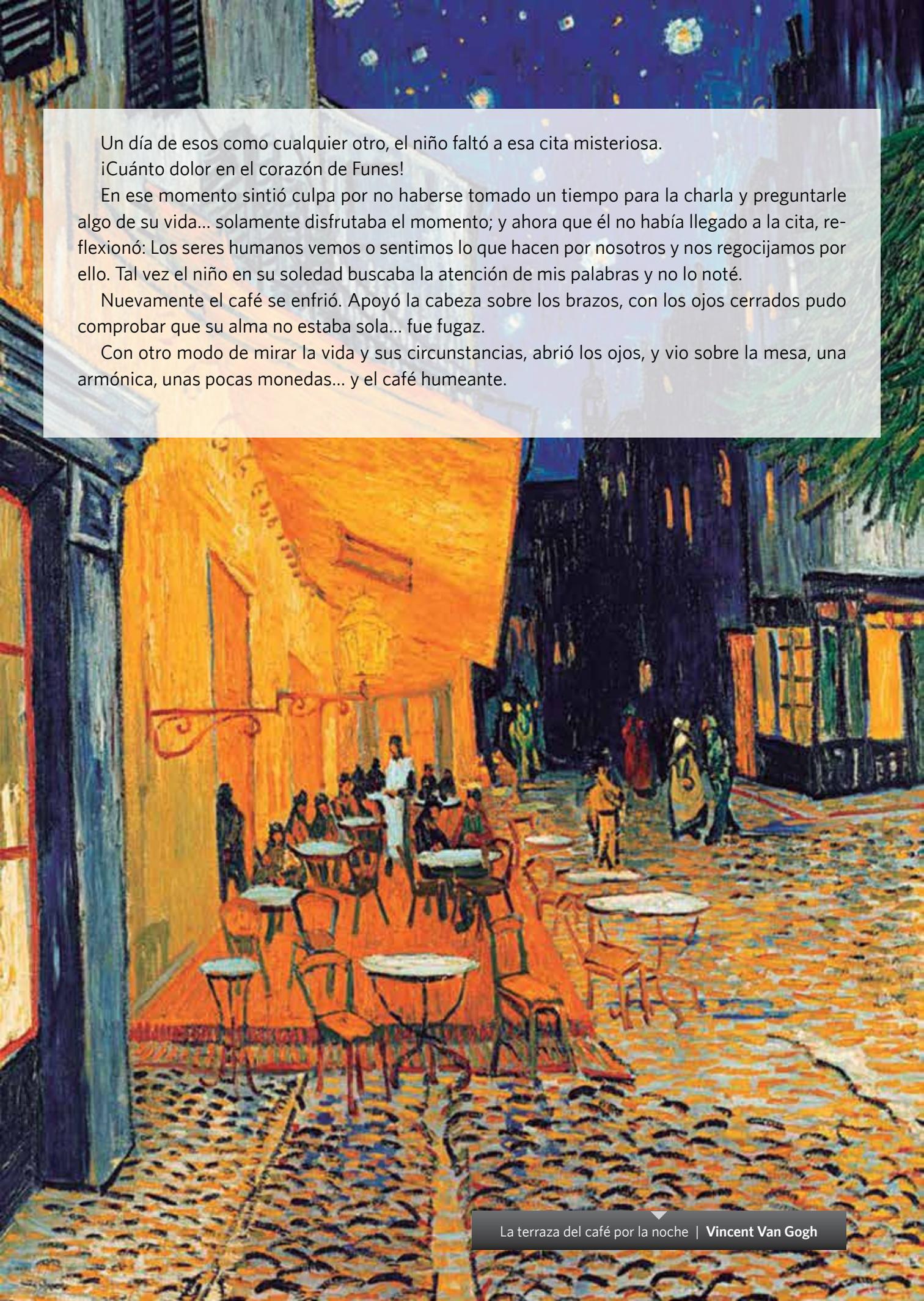
Otros irán al encuentro del amor, o a terminar con él. Están aquellos que en forma solidaria vuelven unos pasos para ayudar a alguien. Los de bastones blancos con sus lazarillos.

¿Qué pensarán?... ¿Qué es lo que guardan en sus almas?... ¿Doloridas inquietudes?, ¿Falsos futuros? ¿O una alegría, porque alguien alguna en un apretón de manos, pareció ofrecerle su amistad?

El café se enfría en el pocillo, y Víctor sigue esperando el pasar del niño que toca en la armónica una bella y dulce melodía, que tanto lo estremece. Entonces pide otro café.

Por fin el niño entra, como todos los días, Funes lo escucha y agradece por sus melodías. Le da unas monedas que el niño toma, pero antes de retirarse, las deja sobre la mesa, mirándolo con una sonrisa. Un ritual.

Pasan los meses, y así sucesivamente, las mismas personas, los mismos gestos, parecen robots -pensó-; pero el niño, que cada día con una melodía distinta entra y le endulza el alma, nunca buscó dinero, mas bien, con su música trata de alegrar almas solitarias.



Un día de esos como cualquier otro, el niño faltó a esa cita misteriosa.
¡Cuánto dolor en el corazón de Funes!

En ese momento sintió culpa por no haberse tomado un tiempo para la charla y preguntarle algo de su vida... solamente disfrutaba el momento; y ahora que él no había llegado a la cita, reflexionó: Los seres humanos vemos o sentimos lo que hacen por nosotros y nos regocijamos por ello. Tal vez el niño en su soledad buscaba la atención de mis palabras y no lo noté.

Nuevamente el café se enfrió. Apoyó la cabeza sobre los brazos, con los ojos cerrados pudo comprobar que su alma no estaba sola... fue fugaz.

Con otro modo de mirar la vida y sus circunstancias, abrió los ojos, y vio sobre la mesa, una armónica, unas pocas monedas... y el café humeante.

SOBRE EL DESTINO DOLOROSO Y ACUÁTICO

Crepúsculo

Por Jélica Galeano Jarcousky



Tormenta en el mar con faro | Karl Eduard Ferdinand Blechen

Dedicado a todas las madres que perdieron a sus hijos.

El lugar está inundado y en desorden; ellos se abrazan, el hombre consuela a la mujer que tiene una flor en la tristeza.

Es el agua que vino a lavarles la dicha, es el desastre que ahora impera; toda su casa reproduce como un adorno funesto a la tristeza. Por más que intente ocultarla, hasta su sonrisa es un garabato sombrío. No hay disimulo posible aquí.

Como una flor acuática flota en la superficie y aunque el hombre la abraza, no logra acabar con esta inundación.

Es el torrente más profundo, allí están las raíces, el dolor, la culpa, el desasosiego que la habita. Allí en el fondo del agua, de las tinieblas del corazón, enredados por plantas acuáticas están sus hijos marchitos, insepultos, derramados por una guerra roja, oscura.

No hay agua que lave las culpas de esta madre, pobre madre patria, llorando, llorando tan profundamente; y pienso en todas las madres que pierden a sus hijos por guerras tan ajenas a sus vidas.

NOSOTROS, LOS CADÁVERES

Crepúsculo

Por Juan Pablo Goñi Capurro

Nosotros
los cadáveres
que deambulamos
esperando nuestra
hora y somos atrapados
por tribulaciones vanas
por batallas ajenas
por palabras complejas
por imágenes placenteras
y contactos que nos descalabran.

Nosotros
los cadáveres,
que conocemos pronto
nuestro destino
y somos desviados
por las dudas sin respuestas
por las canciones que adormecen
por las voces que murmuran
por los cuerpos que despiertan
cada tanto en nuestras camas.

Nosotros
los cadáveres,
que vivimos mientras tanto
quizás porque no saben.



La Cuna Vacía (detalle) | Manuel Ocaranza

LANZADA

Crepúsculo

Por Graciela Bucci



La negación de San Pedro | Georges de la Tour

Algunos quieren hacer una compulsa
jugarse la vida en una mesa
tan simple como un tiro de dados
no indagan en sucesos aleatorios
o el pretexto fortuito
¿para qué?
y pretenden bautizar los hechos con un nombre
es cómodo quedarse apoltronados
decidir de una vez
llamarlo azar albur sino fortuna
buenos apodos para expiar las culpas y sor-
tear compromisos
cómo alterar respuestas con una suerte echada
cómo decirle al iluso afortunado

que solo fue circunstancial mensaje
que en realidad solo es cuestión de números
sin controversia
ni mito
ni presagios
¡cuánta falacia encierra esta jugada que llama-
mos vida!
¿acaso existirá la justificación de la lanzada?
solo por hoy -el siempre es demasiado vasto-
no hagamos culto de la hipocresía
no busquemos rituales ni vanas expiaciones ni
el albur del hechizo
y convengamos en que un destino echado es la
mejor excusa para todo.

ADIOSES Y DESPEDIDAS

Crepúsculo

Por Eugenio Polisky

Prólogo

The past is a foreign country: they do things differently there.
(El pasado es un país extranjero: ahí se hacen las cosas de manera diferente.)

L.P. Hartley

Antes hubo un orden
todo era

antes del antes hubo un primer después
creció la oscuridad con telarañas

después de ese primer después
(mucho después del antes)
apenas hubo sombra entre aquel algo
un quizás con forma de niebla
un siempre para algún tal vez

después de estos después
y de cualquier después mucho después del
antes
(siempre después de todos los después)

lo que era
podía ser
ahora

Primer adiós

*Umbrische Nacht mit dem Stein,
den du hertrugst.*

(Noche de Umbría con la piedra que trajiste.)

Paul Celan

Lunes en la espera de algo que no puede
en el fondo de un océano sin fondo
sin saber qué

Viajes, viajes en el camino.
Nadie recuerda el tiempo del domingo.

Tiempo sin final cuando la semana era
para decir en la desidia
donde no es

No es, aunque parezca, no es.
Cada domingo, antes, el desayuno era eterno.

Desayuno cuando el sol.
Cuando el sol no hace.
Cuando el sol cree en la tarde de los hom-
bros.

Hombros, cómo se sacuden, hombros.
Nada duele ya en el recuerdo. Es que no hay.

Primera despedida

Eingejännert / In der bedornten / Balme.
(Enerado / en el hueco de rocas / cubierto de
espinas.)

Paul Celan

se abrilaron
como los árboles que caían desde las hojas
esa partícula de ojo en el polvo

se abrilaron
en el no mirar de las miradas
las manos que dejaron de buscarse
el silencio entre las sábanas



Mujer leyendo | Henri Matisse

Henri Matisse

hay huecos que acribillan
un abrir y un cerrar siempre cerrar de puertas
el abrigo inútil del domingo en el sol de lo que
no es verano

abrilarse
cada día a la espera de una noche
un bostezo para dejar de conciliar el sueño
las llaves en el desayuno innecesario

se abrilaron
para despedirse
en el otro andén
de ese mismo otoño

Segundo adiós

Jedem das Wort, das ihm sang und erstarzte.
(A cada uno la palabra que le cantó y quedó
helada.)

Paul Celan

y se encontraron cara a cara
había pasado un centenar de puentes sobre
el río

se miraron a los ojos
la ceguera ya no llueve sobre el silencio de la
casa

¿y de qué vamos a hablar si nunca hablamos?

no es posible acariciar la muerte ni extender
la mano hasta la otra orilla

nadie tiene oídos para escuchar el tiempo

Segunda despedida

sieben Herzen tiefer pocht die Hand ans Tor
(siete corazones más hondo bate la mano en
la puerta)

Paul Celan

hay llaves y puertas y cerrojos
no hay habitación ni espacio

puertas con cerrojos
un cerramiento una estructura
llaves para cerrar

pero se abre al lugar de siempre

hay puertas
llaves y cerrojos

algo hay con la valija
o pedir o decir o llevarse cosas
pasar por puertas
con cerrojos
y esas llaves

es hasta aquí nomás
hasta aquí

Tercer adiós

Sie sind die gewaltigsten Zecher:
Sie führen das Leere zum Mund wie das Volle.
(Son los más poderosos bebedores:
llevan a la boca lo vacío y lo lleno.)

Paul Celan

después silencio
un aleteo de respiración sin mañana

se envolvió con piel de gallina
temblores de antes
quizás esperanza

el dictamen fue límite

una lagartija trepó al borde del verano
esperaba la fiebre vegetal entre las cañas de
bambú

atravesó puertas como años
dejó de girar el recuerdo en el bolsillo

en el olvido
la omisión es lo que importa

Tercera despedida

*Setz deine Fahne auf Halbmast, / Erinnerung.
Auf Halbmast / Für heute und immer.
(Pon tu bandera a media asta, / memoria.
A media asta / hoy para siempre.)*

Paul Celan

La manija era frío y oro en su mano

Cabía perfectamente
como los días

La mano encajaba en el hueco entre metal y
madera
todo era normal
cómodo

Sólo hacía falta hacer presión
(un poco nomás)
hacia abajo
después de apoyar la mano en el frío y oro
rodear con dedos
rozar el hueco con nudillos

Empezó desde arriba
desde el hombro:
un hombro bajaba y un codo bajaba y una
mano bajaba
en el frío y oro del hueco
mover el brazo hacia el cuerpo
oír las bisagras que no iba a aceitar
dejar entrar aire y ruido del otro lado
mirar lo que permanecía
(con la mano apoyada en el frío y oro del
hueco)

Y después
soltar el frío
desasir el oro
separarse del hueco
Para
atravesar el otro hueco
hacia el otro frío
sin oro

Esta vez para siempre.

La despedida sin despedida

die bleiben und winken, wissen es nicht.
(los que se quedan y hacen signos de adiós
no lo saben.)

Paul Celan

esa noche volvió a despedirse
tal vez fue la canción
la que había oído muchas veces

parecía una más
una de tantas
tres o cuatro minutos de eso que era música
pero esa noche
tal vez porque la cantante
porque la brisa del ventilador el whisky ese
perfume
volvió a despedirse



Conversación | Henri Matisse

algo en la melodía
en el olvido de la oscuridad

cuando esa noche aún no existía y esa canción no tenía más significado que ser una de tantas (tres o cuatro minutos de eso que era música)
algo imperceptible desgarró el tejido

entonces

cuando ya no era
y antes todo podía ser
esa noche volvió a despedirse

aunque con tres o cuatro minutos de eso que

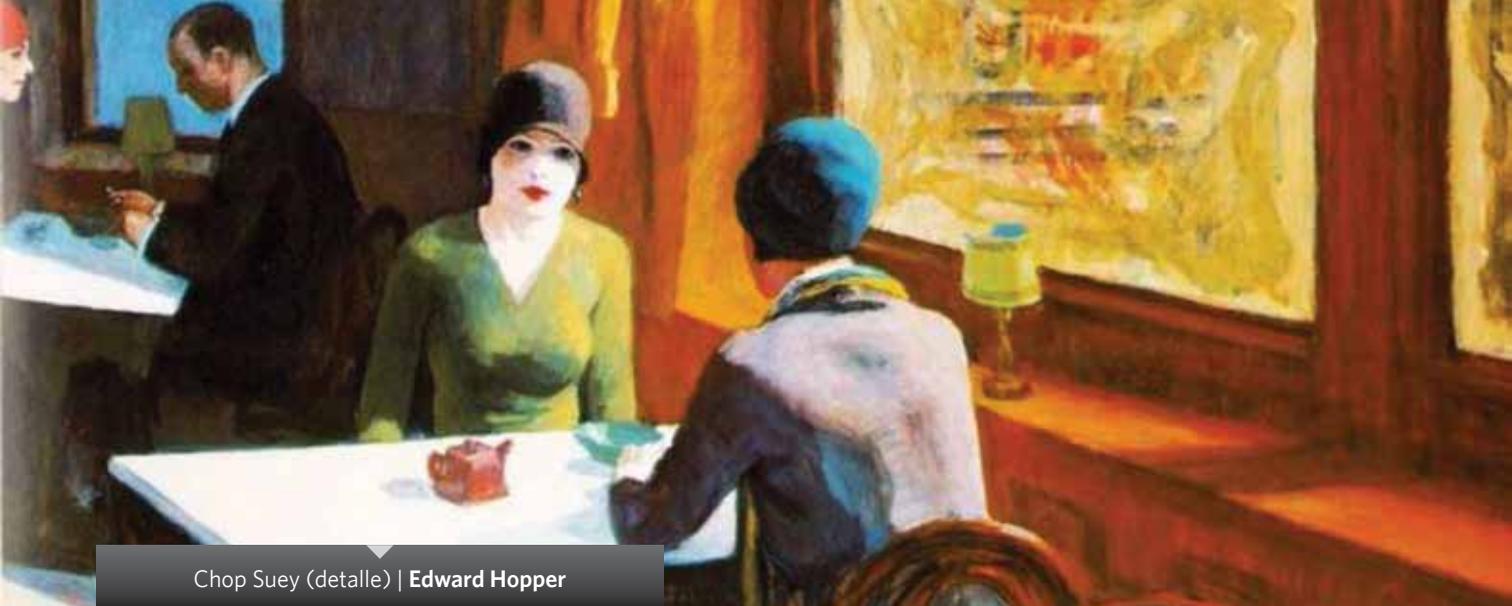
era música
no hay despedida posible

El adiós sin final

*Wir schälen die Zeit aus den Nüssen und lehren
sie gehn:
die Zeit kehrt zurück in die Schale.
(Descascaramos el tiempo de las nueces y le
enseñamos a andar
El tiempo retorna a la cáscara.)*

Paul Celan

Un día



Chop Suey (detalle) | Edward Hopper

un día con el cansancio del hielo
sin fuerza para los quejidos
se desmorona desde la habitación al campo
desata recuerdos de los tiempos en sombra
(despojos de la muerte en la novedad del sol)
bebe los arroyos del deshielo

y entra al tiempo.

Epílogo

*this isn't a Russian poem, this is not somewhere
else but here*

(éste no es un poema ruso, éste no es otro
lugar sino aquí)

Adrienne Rich

llama las palabras al altar
palabras como después
no las quiere

no adora el vuelo del día
quiere despertar eso que no se aprende
refrenar palabras como tiempo como adiós

en el jardín no despiertan los nombres de la
dicha
cuelgan golondrinas bajo un balcón sin oídos

un jardín para contemplar lo oscuro
donde tiemblan las palabras como gotas

llama las palabras al altar
palabras como despedida
no las quiere

caen palabras a sus rodillas
colgar el ala desde lo profundo de la tarde
un sueño tupido de palabras que no escalan
ni abren ni juegan

una vez más vuelven palabras que suenan a
lo otro
a lo que no se mira
a lo que solamente cae y cae

llama las palabras al altar
palabras como antes
palabras mudas profundas oscuras contra los
cristales
palabras que no suenan ni despiertan ni con-
templan
palabras que tiemblan con el nombre de las
lágrimas

sin palabras
enmudece
quiere despertarse también del altar
de ese altar hacia donde vuelven siempre las
palabras

las llama al altar
no despiertan

ya no hay altares para el desengaño.